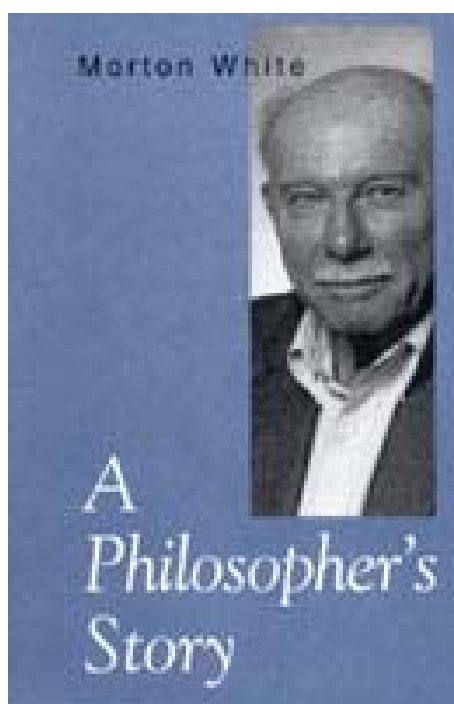


**MORTON WHITE: LAS NARRACIONES COMO CADENAS
CAUSALES**



Ignacio Muñoz Delaunoy

MORTON WHITE: LAS NARRACIONES COMO CADENAS CAUSALES

Ignacio Muñoz Delaunoy*

Abstract

This article examines in a critical way the first effort carried out by an Anglo-American analytical philosopher which aimed at transforming the narrative aspect of history in a relevant topic in regards to theory. Morton White's proposal stands out in its conservative aspect as it does not represent a rupture with the central current of analysis, focused on the theme of historical explanation. This article also discusses the viability of the author's conciliatory attempt which seeks to defend the Popper's and Hempel's model of historical explanation together with a formula of moderate relativism.

1. Descubrir las narraciones

El primer miembro de la tradición analítica que, según mis noticias, decidió convertir a la narración en un tema interesante para la filosofía crítica o analítica de la historia, fue el estadounidense Morton White. *Primero* no quiere decir, en este caso, “el que habló antes que los otros del tema”; lo que realmente significa esa expresión es, “hasta allí la cosa no parecía a nadie demasiado interesante como para reservarle un lugarcito en la gaveta de las cosas que valen la pena”. Lo que hizo M. White fue decir, señores, si estudiamos la manera en que ofrecemos al auditorio el resultado de nuestros afanes profesionales, tanto como estudiamos los protocolos que pautean el trabajo investigativo, lo que sucederá es que “a variety of philosophical questions about history may be understood more easily¹”.

El estudio del aspecto de “storytelling” de la historia, propuso, es clave para que podamos encontrar solución para las aporías en que ha quedado entrampado el análisis.

El lugar y el momento en que hace esta proposición tan *sui generis* no es irrelevante. Estamos en mayo de 1962, en la ciudad de Nueva York; se celebra la Fifth Conference of the University Institute of Philosophy. En esta ocasión, el simposio lleva el título comprometedor de “Philosophy and history”.

Hay que pensar en una sala atiborrada de los más influyentes filósofos e historiadores, todos ellos ganosos y dispuestos a lucirse proponiendo agudas relecturas de los tópicos más clásicos de la epistemología (estamos estacionados en un momento en que la filosofía ha devenido casi

* Esta investigación pudo ser realizada gracias al apoyo de la Vicerrectoría Académica de la Universidad Católica de Chile, Fondecyt y Conicyt.

¹ Morton White, “The logic of historical narration”, en Sydney Hook, ed., *Philosophy and History. A symposium*, New York, New York University Press, 1970 [1963], pág. 3.

completamente en filosofía de la ciencia). Hay que imaginar las expectativas que generan las ponencias de los oradores centrales. Ninguna de *prima donas* del análisis ha excusado su presencia: está allí el decano de la teoría de la historia anglosajona, M. Mandelbaum, están también las luminarias posteriores, como E. Nagel, C. Hempel y W. H. Dray².

Morton White es uno más del montón. Pero sólo hasta que comienza el evento. Su ponencia llama tanto la atención que este profesor de Harvard termina robándose la película.

¿Cómo lo logra?

M. White pasa por alto todas las convenciones temáticas. En su presentación oral –luego convertida en un artículo titulado “The logic of historical narration”³– plantea que es abusivo considerar que todo lo que concierne a la teoría de la historia tenga que ver con el problema de la explicación histórica. Nos dice: si usted quiere examinar la estructura lógica de las explicaciones, debe comenzar a estudiar en serio la parte narrativa de la historia, porque las mentadas explicaciones no se dan en el vacío: existen solamente al interior de las narraciones.

¿Somos originales en nuestra manera de investigar? Sin dudas, pero quizás nuestra mayor peculiaridad estribe en el hecho de que los frutos de nuestro trabajo cognoscitivo tienen que ir a parar a una narración, tal cual las aguas de un río están obligadas a desaguar casi siempre en el mar.

Lo de White no es completamente original, en cuanto parece corresponder a ideas que rondan en el ambiente, que servirán de sostén a una serie de trabajos narrativistas que aparecerán a partir de 1964. Pero hay que reconocerle, sino tanta originalidad, por lo menos una dosis importante de carácter. No cualquiera se animaría a decir a las luminarias del análisis, en su propia cara, que han gastado mal su tiempo escribiendo sobre los temas que, al final, no tienen tanta importancia.

Le fue bien con su desafío al *establishment*, contra todas las previsiones. Lee Benson, de la Wayne University; Maurice Mandelbaum, de la John Hopkins University; Glenn Morrow, de la University of Pennsylvania; Georg H. Nadel, de la Harvard University, Sidney Ratner, de la Rutgers University, examinaron críticamente sus planteamientos, lo que constituye, por sí solo, una excelente señal de la buena recepción que tuvieron sus puntos de vista dentro de la ortodoxia⁴. Mejor todavía si entramos al detalle del análisis de las réplicas. Es cierto que algunas dejan entrever algo de sorpresa y desconcierto, pero también mucho de aceptación. En parte porque se está gestando el clima que hará posible la elevación de las narrativas históricas al pedestal de las cosas filosóficamente importantes.

² Los títulos de las conferencias que figuran en la convocatoria son, además, muy prometedores: M. Mandelbaum, *Objectivism in history*; E. Nagel, *Relativism and some problems of working historians*; W. Dray, *The historical explanations of actions reconsidered*; y C. G. Hempel, *Reasons and covering laws in history* (estas conferencias fueron compiladas por Sidney Hook en el libro citado en la nota anterior).

³ Esta conferencia luego será revisada y enriquecida, y proveerá el esqueleto para su *Foundations of historical knowledge*, publicada dos años más tarde (el capítulo VI de este libro recoge muchos de estos puntos en forma casi textual, pero también varios de los comentarios hechos por los críticos durante el simposio).

⁴ Lee Benson, “On ‘The logic of historical narration’ ”; Maurice Mandelbaum, *Op. cit.*; Glenn Morrow, “Comments on White’s ‘Logic of historical narration’ ”; George H. Nadel, “On the logic of historical narration” y Sidney Ratner, “History as inquiry” (S. Hook, ed., *op. cit.*).

Quizás lo más revelador de todo hayan sido los conceptuosos comentarios de Mandelbaum, el santo tutelar del análisis, y futuro gran detractor del narrativismo:

“Professor White’s paper is one on which it is a pleasure to comment, not only because of its clarity but because of its scope. What he says is not only relevant to recent discussions concerning historical explanation, it also takes back to a number of earlier discussions of historical methodology and to a number of problems concerning objectivity and historical truth”⁵.

¿Qué argumentos usó Morton White para convencer su auditorio? Siempre se ha sabido que la historia nos habla de sus temas a través de relatos, sin que eso haya llevado a nadie a suponer que la cuestión revista una importancia crítica. ¿Quién se atrevería a mantener que el medio que empleamos para lograr ofrecer al lector representaciones ‘neutras’ y ‘fieles’ de los hechos del pasado pueda afectar de alguna manera los contenidos que nos muestra? Para nuestra profesión, el lenguaje no es un hecho problemático. Es que da por sentado que si aplicamos correctamente la crítica documental, si usamos la metodología adecuada y construimos explicaciones que sean consonantes con los principios de claridad que documentan los lógicos, la confiabilidad de nuestro conocimiento está garantizada. ¿Qué más va a dar si los resultados de nuestro trabajo son expuestos con la ayuda una forma presentacional u otra cualquiera?. Lo importante es la calidad de la investigación que cada historiador lleva a cabo, no el estilo que muestren sus escritos.

El argumento de White es tan simple como persuasivo.

Los filósofos críticos de la historia se han dedicado a estudiar los enunciados argumentativos contenidos en las narraciones con el objeto de establecer el grado en que ellos podrían ser reformados para adaptarlos a la sintaxis lógica que es característica de los discursos científicos. ¿Hay modelos históricos de explicación, implícitos o explícitos en nuestros trabajos, que aseguren el logro de un conocimiento que ofrezca la misma garantía de confiabilidad que nos regalan las ciencias? Esta pregunta es muy válida, pero se asienta en un fallo de principio, que la termina invalidando. Dentro de las narraciones se contienen numerosos argumentos como los que interesan a los positivistas lógicos. El problema estriba en que esos enunciados, por sólidos y numerosos que sean, no son los únicos habitantes de los relatos a partir de los cuales debería discernirse la forma de los modelos: están también los enunciados estudiados por quienes han examinado el papel de las explicaciones racionales en historia, junto con una gama muy amplia de enunciados de naturaleza no causal, generalmente descriptivos (a más de una serie de elementos no narrativos, como los cortes transversales, las digresiones contextuales, que no son nada de infrecuentes en el lenguaje del historiador, que White no menciona).

No podemos entender cómo se explica mediante los relatos si nos ocupamos exclusivamente de los enunciados argumentativos y dejamos fuera de nuestra consideración los demás, tanto como es imposible explicar la totalidad de un ser humano omitiendo las piernas, las manos o los ojos. Pero hay

⁵ M. Mandelbaum, *Op. cit.*, pág. 43.

otra cosa. Las narraciones funcionan como grandes cadenas. Si queremos saber si la reconstrucción que nos ofrecen de algún hecho del pasado es confiable, no sacamos nada con examinar la validez de algunos de los engranajes —cierto tipo de enunciados, tal enunciado empírico en particular, etc.—, si no tenemos en cuenta también el valor de verdad de las conexiones que unen a cada enunciado con el siguiente, y a todos entre sí.

¿Qué hace verdadera una narración? La teoría puede enseñarnos cómo validar las aseveraciones, sin que todavía nos haya dicho nada definitivo acerca de la verdad de las narraciones como conjunto. Porque perfectamente podría suceder que gran parte de los enunciados (o acaso todos ellos) fueran perfectamente válidos, sin que lo fuera la secuencia dentro de la cual viven. ¿Cómo se valida una secuencia completa? No podemos dejar fuera del asunto cierto tipo de enunciados, ni pasar por alto el tipo de enlaces que los unen, ni despreocuparnos de la manera en que los distintos elementos aparecen ordenados en la secuencia, pues es todo esto, sumado, lo que dota a la narración de un tipo de unidad que consideramos como característica suya y que nos resulta fácil aceptar como verdadera.

Morton White plantea su punto de vista de una manera muy ingeniosa. Comienza preguntándose, “what do historians mean when they say that one history of a given subject is better than any other when all of the competing histories are true in the sense of being composed exclusively of true statements”⁶. Hasta aquí hemos supuesto que una “story” es superior a otra porque los datos que contiene están mejor acreditados. Si una narración nos ofrece alguna información dudosa o decididamente falsa, supondremos que ello habla mal de quien ha aceptado incluirla, y descartaremos la presentación completa en la que ella aparece como un elemento, simplemente mediante un ejercicio de extrapolación. ¿Cómo confiar en el relato compuesto por alguien que acepta falsedades o tonterías? Una narración de esas características, suponemos, no puede inspirarnos la misma confianza que la compuesta por un escritor más cuidadoso.

El lector necesita creer que el escritor es una persona seria. Y ¿cómo aceptar la seriedad de alguien que no tiene capacidad para elegir bien sus datos? Un escritor que no de la talla para tomar esa decisión es como esos amigos que uno deja de ver porque no saben rodearse de gente decente.

Pero ¿qué pasa si no hay ninguna diferencia en los datos elegidos por dos escritores? ¿qué narración vamos a considerar más confiable?. Suponga usted, el lector, que hay dos narradores que tienen frente a sus ojos exactamente los mismos datos, todos ellos verdaderos. Suponga, a la vez —cosa que no hace Morton White, pero que es necesaria para que su ejercicio tenga valor lógico—, que ambos escritores gozan de la misma respetabilidad ante nuestros ojos de lector, ya que no hay ninguno de ellos que nos parezca más sospechoso: no somos capaces de decidir la superioridad de un punto de vista sopesando la seriedad y sofisticación del vocabulario técnico empleado, la calidad del método, la cobertura y características de la teoría que sirve de marco, la sensatez de sus juicios sobre lo que sea el ser humano. Ambos escritores usan mecanismos de inferencia similares,

⁶ M. White, “The logic of historical ...”, pág. 8.

comparten ciertos valores o ideas acerca de lo que es importante, conocen igualmente bien el oficio, y saben incluso escribir con una galanura equivalente.

En un caso hipotético como el presentado, en que dos autores muy parecidos enfrentan los mismos hechos, de todas maneras obtendremos dos resultados narrativos distintos. Eso es totalmente seguro. Pero hay más. Pese a que ambas “stories” nos parezcan igualmente dignas, es altamente probable que consideremos a una de ellas como superior, sin que sepamos decir por qué; y es, posible, a la vez, que nos veamos confrontados a otro resultado igualmente sorprendente: seguramente nuestro juicio sobre las prelacións será compartido por los demás miembros de la profesión. Sin saber cómo o por qué todos nosotros nos inclinaremos por el mismo texto. Entonces vamos a tener que sacar la cuenta de hay algo distinto en estas “stories” que son iguales en tantos aspectos, que no tiene nada que ver ni con las características personales del escritor, ni con la calidad de sus hechos. ¿Qué *algo* es ese?: sólo puede tratarse de la manera como cada narrador conectó los elementos de su “story”.

Recién en el momento en que nos hagamos conscientes de este problema podremos replantearnos las viejas preguntas de siempre de una manera filosóficamente apropiada. ¿Qué debemos entender como “objetividad” cuando estamos analizando la estructura lógica de unas narraciones que conocemos de manera tan superficial? ¿qué sacamos con estudiar con tanta dedicación temas como el de la explicación cuando aún ignoramos lo que significaría el término “explicar” dentro del contexto que ofrecen las “stories”? La filosofía crítica o analítica de la historia no puede seguir examinando sus temas en el aire. Si queremos saber algo acerca de la manera como operan las leyes o cualquier otra cosa, tendremos que asumir una tarea que habíamos despreciado hasta ahora: tendremos que estudiar el *medio* dentro del cual esas leyes viven, porque ya no podemos seguir tratándolo como un instrumento transparente o neutro, que no merezca la pena considerar para efectos de componer nuestros modelos. Habrá que examinar uno a uno los elementos que los historiadores ponen en juego cuando narran y habrá que complementar esta labor con el estudio de la naturaleza de los vínculos que se establece entre cada uno de ellos. Lo que tendremos, al cabo, será un replanteo bastante interesante acerca de los objetivos de la filosofía crítica de la historia, y el descubrimiento de que el hecho de que nosotros debamos explicar contando una “story” plantea una serie de problemas lógicos que son específicos de esta disciplina, que deben ser motivo de dedicación para la teoría que quiera razonarla:

““What is a superior narrative?” While we may say that a narrative is true if and only if its components are true, such truth, it may be argued, is not only consideration in historian’s estimate of narrative. Often two historians will present two distinct histories of the United States of America, each of whose components will be accepted by all parties as true, and yet historical critics will regard one narrative as superior to the other for reasons that the philosopher of history must analyze. Here the philosopher’s main task is to discover whether the concept of a superior narrative is radically different from the concept of a superior scientific theory, in particular

whether the conception of a superior narrative is more value-laden and less objective than the concept of a superior scientific theory"⁷.

Se llamará a esta perspectiva que comienza a descubrir la opacidad del lenguaje del historiador *narrativismo*.

2. El problema de las “explicaciones completas”

Morton White no quiere trastornar de una manera radical a la filosofía crítica cuando nos hace ver la importancia de la narración. Sigue considerando, como todos los filósofos analíticos, que los historiadores somos perfectamente capaces de tener encuentros veraces con un pasado que existió.

En su entender hay tres cosas muy llamativas en el discurso histórico, que han sido lo suficientemente estimulantes para que los filósofos les dediquen casi todo su tiempo en el último siglo y medio: nuestras narrativas contienen enunciados empíricos, enunciados que describen leyes, y una suerte de elemento selectivo, que decide cuáles son los hechos a considerar y las generalizaciones a imputar como ligadas a esos hechos.

Hecho, ley y valor, resumiendo. El primer tema, dice, ha tenido su importancia, pero no ha sido objeto de consideraciones serias. Cuando Ranke dijo que lo propio de la historia era mostrarnos las cosas *tal cual han sido*, sin duda desproblematicó de una manera sorprendente el concepto de hecho –hizo de los hechos algo así como objetos que uno puede ir a recolectar, con la misma parsimonia con que un geólogo obtiene en el suelo sus muestras–. Desde entonces los historiadores, displicentes en su comodidad, han dado por sentado lo que sean los hechos, como si se tratara de la cosa más obvia del mundo. Pero no hay nada obvio sobre los hechos, como nos harán ver M. White y los futuros narrativistas. El segundo tema, en cambio, ha sido objeto de una atención dedicada de parte de los positivistas, y en cierto modo de los idealistas, que andaban comprometidos con la búsqueda de las leyes del desarrollo histórico en base a las cuales todo lo humano podría cobrar un sentido más definitivo. El tercer tema, por último, ha sido adoptado como motivo de interés por el idealista, que ha sido quien ha subrayado la importancia del elemento subjetivo en el pensamiento y la escritura histórica.

La filosofía crítica o analítica de la historia, dice M. White, antagoniza con la manera tradicional de representarse estos tres temas. Particularmente la de plantearse el segundo y tercero.

Los historiadores no sólo registramos los datos; también queremos hacerlos inteligibles para nuestros lectores. Al obrar de esta manera, damos cabida en nuestros relatos a generalizaciones y principios de selección. Pero una cosa es reconocer que nuestras narraciones presumen o emplean conocimientos generales y dependen de juicios de valor conscientes o inconscientes, y otra muy

⁷ M. White, *Ibid.*, págs. 10-11.

distinta plantear que las leyes o los valores son los *dueños del lugar*. El positivista tradicional y el idealista, nos está diciendo M. White, han constituido casi por entero su punto de vista a partir una exageración.

Los capítulos más importantes de su obra, incluido el que dedica al estudio de la narración histórica, parecen querer decirnos lo siguiente: el antiguo positivista era un extremista, y hasta un charlatán, pero si uno examina lo que se propuso con indulgencia y buena disposición va a descubrir que no estaba tan desencaminado; no era mentiroso, por lo menos". Exageró, sin dudas, cuando pretendió que toda la vida tuviera que emanar, como por arte de magia, de leyes estructuralmente similares a las que operan en la física mecánica, y falló cuando intentó defender la existencia de conexiones lógicas entre la historia y las ciencias sociales, y entre éstas y las ciencias naturales. Pero su falta específica no consiste en haber efectuado una identificación incorrecta de lo que es importante –si queremos explicar debemos hacerlo causalmente, y toda explicación aceptable presupone la existencia de un nexo legaliforme–, sino en haber querido transformar algo completamente cierto en una especie de verdad revelada de valor absoluto.

El fantasma de la hiperbolización se hizo carne, de manera concreta, en el paradigma de la *explicación completa*. Se nos dijo que explicar era seguir procedimientos que nadie sigue, para lograr resultados que nadie logra, y expresarlos en un relato de una manera que nunca tiene lugar en la materialidad de los textos; se agregó que si no cumplíamos con estas exigencias tan elevadas, entonces no estábamos explicando, y estábamos renunciando, de paso, a dar cumplimiento a nuestra aspiración de objetividad y a esa meta subyacente que es el proyecto de la unidad del lenguaje y el conocimiento. Pero esa consecuencia no es justificada; no lo es para White, por lo menos, que nos dice que esa defensa del modelo fuerte de explicación, es una muy mala defensa. Si la examinamos por lo que es, nos encontraremos con el siguiente cuadro: a mi me interesa hablar con precisión de alguna propiedad de cierto fenómeno, pero lo voy a hacer apelando a un vocabulario completamente desapegado de las propiedades que quiero resaltar; el vocabulario quiere ir a un *más allá* de la propiedad en cuestión, porque quiere convertirse en un espejo extraño, cuya función no es retratar el rostro que se le ofrece, tal como es, sino mostrar una proyección de lo que podría ser su aspecto en un futuro no declarado. Eso no camina, nos dice. Hay que aprovechar todo lo positivo que nos ofrece este ejercicio de racionalismo *a priori* de filósofo, pero luego hay que esforzarse por encontrar un mejor empalme entre estas figuraciones abstractas y el lenguaje real del historiador. Para lograr ese resultado no estamos obligados menoscabar la tradición de pensamiento en que nos instanciamos, sino a recoger los elementos que ella pueda ofrecernos para aterrizar la cosa en el logro de objetivos que sean estimables. Dos cosas, principalmente: *[a]* hay que reconocer que ya tenemos lo que buscamos, en el CLM; y *[b]* que esa valiosa adquisición de nuestra cultura y de nuestra profesión no nos va a servir de mucho a menos que sepamos como *atenuarla*.

La renuncia a la ilusión de las explicaciones deductivas completas es la condición que debe cumplir toda defensa del modelo deductivo. Esa es la conclusión que hay que resaltar.

3. Modificación al *Covering Law Model*: las explicaciones incompletas del historiador

Si queremos salvar a la “regularity theory of historical explanation” –designación que da M. White al CLM–, vamos a tener que modificarla de manera tal que podamos hacerla compatible con las características de los textos históricos.

¿En qué dirección? Ese es el tema que vamos a discutir a continuación.

El CLM explica un hecho cualquiera haciendo manifiesto que se trata una instancia específica de un cuadro más general. Explicar es establecer de manera cierta que el caso en cuestión es el sujeto de un predicado que se llama ley universal. La presencia de la ley es el dato clave. En virtud de la existencia de una ley de esas características resulta posible predecir ocurrencias futuras, tanto como lo es explicar estados de cosas pasados. La predicción, pues, es el reverso de la explicación. ¿Predicen los historiadores? Normalmente no. En gran medida debido a que los principios generales que cubren los hechos que estudian son demasiado vagos para cumplir con un cometido tan exigente. Es por ello, dice Hempel, que no cabe hablar de explicaciones, sino solamente de “esbozos” de explicación. Pero ¿podrían los historiadores convertir sus explicaciones trucas en explicaciones completas, tales que fuera posible realizar predicciones? Esa posibilidad no puede ni debe descartarse, contestan Hempel y los defensores más acérrimos de la teoría regularista.

Morton White no comparte esa visión tan optimista. Nos dice que la posición del regularista es tan implausible como la del filósofo especulativo. El filósofo especulativo, acusa, no puede entender bien los temas que estudia porque sus fundamentos son puras quimeras. En lugar de ocuparse de las cosas de este mundo, intenta fundamentar las verdades en principios últimos sobre la naturaleza humana, la sociedad y el mundo que nadie podrá nunca ver, porque existen en un *más allá* del lenguaje. Lo mismo pasa con el regularista, cuyas leyes universales son tan inasequibles como los principios últimos que interesan a los metafísicos.

¿Por qué piensa M. White caracteriza la leyes que persiguen los regularistas como esoterismos? ¿estamos obligados a derivar de esta circunstancia un diagnóstico desfavorable para la causa del positivista lógico? Aceptemos que tenemos al frente una limitación. Luego preguntémosnos si ella “prevent the regularist from holding that when an ordinary historian tries to explain individual events or facts, his explanation is logical connected with generalizations”⁸. La respuesta de White es que no es obligado derivar esa consecuencia, pues aun cuando nuestras narrativas “does not usually contain generalizations that are laws, its conjuncts –singular explanatory statements– are connected with laws”⁹.

Repasemos sus argumentos.

⁸ M. White, *Foundations of historical ...*, pág. 55.

⁹ M. White, *Ibid.*, pág. 5.

La intención de Hempel y los regularistas es buena, nos dice M. White. El problema es que sustancia toda su apuesta en principios generales que no cumplen ninguna parte en el trabajo histórico. En las narrativas de los historiadores no hay *explanatory deductive arguments* –enunciados que se deducen de manera clara de una ley– como los que requiere el CLM. Lo que hay es gran cantidad *singular explanatory statements*, como “el golpe de estado de 1973 se produjo como consecuencia de la sobreideologización de los partidos políticos”, que no presuponen ni remotamente un ley universal. Porque, ¿qué tipo de ley podría cubrir el enunciado causal descrito? Quizás que los golpes de estado tienen lugar más fácilmente cuando prevalece el dogmatismo (por sobre el pragmatismo) entre los operadores políticos de un sistema democrático. Pero esta ley laxa y de sentido común realmente no explica por qué tuvo que producirse, en particular, el quiebre al cual nos referimos, ni por qué tuvo que tener las características que le conocimos, en lugar de otras, ni por que hubo que enfrentar tales o cuales contrariedades. Habría que complementar esta ley tácita con una serie de estipulaciones laterales que dieran cuenta de las peculiaridades del caso, para lograr bosquejar el tipo de ley general que podría cubrirlo. Tendríamos que tomar esa ley inicial e introducirle enmiendas como las siguientes: “la ideologización de los partidos es explosiva cuando es acompañada por un contexto internacional de *Guerra Fría*, cuando los reformistas y revolucionarios han aplicado su programa de transformaciones por la vía legal, sin recurso a medios de fuerza efectivos, etc.”. ¿Es legítima esta operación ulterior de maquillaje de una aseveración que ni siquiera ha sido formulada con precisión conceptual por su autor –las leyes, sabemos, suelen estar sumergidas dentro de los textos históricos–?. En caso de que consideremos que lo sea, podemos preguntarnos, razonablemente, cuántos de esos complementos resultan verdaderamente admisibles, sin que estemos derechamente reescribiendo la ley. No muchos, por cierto. Si expandimos la aseveración inicial sumando muchas condiciones restrictoras llegaremos a ese punto, ya señalado por Dray, en que la explicación completa de un caso supone una ley de validez exclusivamente singular (es ley para ese caso y ninguno otro). Y luego de todas esas piromancias tendríamos que encontrar la manera de referir un enunciado causal simple, que hemos convertido en una ley mediante la adulteración, a una ley más general o acaso una teoría, de la cual pudiera ser deducida. Por ejemplo, una teoría que hiciese sentido de los sistemas políticos en general.

Todo esto sin considerar un problema práctico, no menor. Supongamos que fuera posible, contra lo que se ha dicho, expandir enunciados causales simples. De todos modos nos topáramos con la incomodidad de que parece no existir el historiador que se sienta obligado a individualizar todas las premisas que harían de sus oraciones argumentos deductivos completos; si un investigador aduce que la causa de la crisis política chilena de 1973 fue la ideologización de los partidos políticos, le parecerá que esto es evidente por sí mismo, y que no se necesita más labor de complemento que la que se requeriría para sostener el enunciado “la luz se encendió porque pulsé el interruptor”.

Hempel se planteó este problema. Es cierto que las leyes presupuestas por los historiadores son triviales y están ocultas en el texto, tanto para el lector como para el mismo autor. Pero es posible, de

todas maneras, hacerlas emerger, con un poco de trabajo clarificador. Lo puede hacer el filósofo. Lo podría hacer, también, el propio historiador. No se requeriría más que darse el trabajo de formular de manera clara la ley de cobertura presupuesta en los enunciados causales singulares. Una vez logrado eso, habríamos logrado transformar los “esbozos” en versiones completas de una explicación.

M. White alega que estas extrapolaciones mañosas son inconducibles y nos insta a aceptar lo que está a la vista: que los únicos enunciados causales de los que debemos ocuparnos, para razonar modelos de explicación, son los que viven de manera efectiva en los textos históricos. Sólo esos enunciados causales reales podrían ser *expandidos*, no los que Hempel se ha inventado para conveniencia de sus planteamientos. ¿Cómo son esos enunciados? Lo primero que debemos asentar es que estas expresiones causales no son “esbozos”, como pretendió Hempel. Un esbozo, sabemos, es la versión incompleta de algo; es una propuesta que cobra valor en la medida en que realicemos las posibilidades que ella implícitamente contiene. Pues bien, las aseveraciones causales características de los trabajos históricos no pueden ser presentadas de esa manera, porque no hay manera de “completar” la ley que podría cubrir el enunciado que explica un golpe de estado concreto debido a la sobreideologización. Ya está visto: al añadir cláusulas y matizaciones adicionales no estamos elaborando de una manera más clara las posibilidades contenidas de manera implícita por el truísmo; lo que estamos haciendo es reescribirlo en términos abstractos, obteniendo como resultado un producto que no tiene nada que ver con la versión original, ni nada parecido. *Completar es desfigurar*. ¿Y con qué frutos? La ganancia neta nunca sería una ley universal. Para que se diera ese caso sería necesario que pudiéramos aplicar el principio a otros acontecimientos, cosa imposibles con *leyes para un sólo caso*.

Si consideramos que los *singular explanatory statements* son los únicos enunciados causales lo único que vamos a encontrar, de manera efectiva, en los relatos históricos, la conclusión obligada pareciera ser que ya no tiene ninguna cabida la ilusión consoladora de las explicaciones completas. ¿Tenemos que imputar el sacrificio del modelo fuerte de explicación al *debe* del narrativismo? La gran tesis afirmada por M. White, que da sentido al artículo de 1963 y al libro de 1965, es que el fracaso de esta empresa de reconversión alentada por los positivistas no es en absoluto lo que se pretende (un fracaso). Es efectivo, reconoce, que enunciados causales simples no pueden ser completados, y que, en virtud de este impedimento concreto, resulta inviable el programa de salvación propuesto por Hempel –redimir a la historia aplicándole una reingeniería que la transforme en una actividad cognitiva comparable a la física–. Pero ¿por qué deberíamos aceptar que la única manera de plasmar explicaciones deductivas sea la propuesta por los regularistas? White lo discute. Lo hace porque es conteste de que “there is a sense in which a statement, as opposed to a deductive argument, may be called an explanation”¹⁰.

Las imputaciones causales del historiador tienen poco que ver con los argumentos deductivos. Sin embargo, pareciera que en cierto modo los implican.

¹⁰ M. White, *Ibid.*, pág. 56.

El hablar formalizado y el laxo, propone M. White, no son directamente equivalentes, pero pueden serlo por proyección, y más específicamente, por inducción, en el sentido de que un enunciado causal singular siempre parece suponer “that a certain kind of deductive argument exists”¹¹. Y no es que una oración causal de este tipo haya sido *expandida* o algo así, sino que, caso de ser cierta, puede asumirse con total seguridad de que sólo pudo serlo en virtud de que “there is a an explanatory deductive argument which contains the antecedent of the singular statement as a premise and its consequent as conclusion”¹². ¿Cómo podría ser verdadero un enunciado causal que no estuviera parapetado en un argumento causal? Quizás en el relato ese argumento tenga poca visibilidad o quizás no tenga ninguna, pero tenemos que dar por descontada su existencia, tal cual uno debe dar por seguro que si la radio está sonando, alguien debió haberla encendido.

Esta idea general, que llama la doctrina del *existencial regularism*, es resumida en la forma de una tesis:

“It should be realized that what we are trying to analyze or present an equivalent for is a statement for the form “A is a contributory cause of C” and not a statement of the form “A is the decisive contributory cause of C”. Furthermore, the statement that the striking of a match *a* was a contributory cause of its lighting is equivalent to the statement that *there are* conditions which the particular match satisfies and which, together with its having been struck, lead by some explanatory law (or laws) to the match’s lighting. And this is in turn equivalent to the statement that there exists an explanatory deductive argument containing “*a* was a struck” as a premise and “*a* lit” as a conclusion. More generally, therefore, we may state the following thesis as a link between singular explanatory statements and deductive arguments:

Thesis I: A statement of the form “A is a contributory cause of C” is true if and only if there is an explanatory deductive argument containing “A” as a premise and “C” as its conclusion”¹³.

Si seguimos por esta vía de las inducciones, lo que tenemos es algo francamente espectacular: M. White reconoce que nuestros enunciados causales son menos que “esbozos” por lo que resulta implausible enriquecerlos por la vía del relleno hasta convertirlos en argumentos deductivos plenos; luego aduce, para nuestra sorpresa, que el impedimento para realizar esta expansión no es definitivo, en cuanto la sola existencia de oraciones causales simples, puede ser prueba oblicua de la existencia de argumentos, tal cual algunos consideran que la existencia de seres humanos debe ser la prueba de la existencia de Dios. Pues bien, eso no es todo. M. White aduce que nuestros precarios enunciados causales, que no pueden ser tomados por argumentos deductivos plenos, pues no están vinculados de manera estricta a leyes, en la medida en que implican, derivativamente, la *existencia* de argumentos deductivos, también deben implicar, al final, la *existencia* de dichas leyes, simplemente porque éstos, los argumentos deductivos *deducidos*, no pueden ser tales argumentos a menos de que dispongan de leyes generales en las que anclarse (de otro modo no serían lo que dicen ser). Por

¹¹ M. White, *Ibid.*, pág. 59.

¹² M. White, *Ibid.*, pág. 5.

¹³ M. White, *Ibid.*, pág. 60.

lo tanto, concluye el autor, el hecho de que las leyes no estén por ninguna parte, *no implica que no estén*.

Una vez planteada la doctrina en cuestión, comienzan nuestros problemas. Este extraño barroquismo humeano, que intenta rescatar la dignidad científica de la historia de una manera que sea más o menos amiga de la materialidad tangible de nuestros textos, obliga a repensar drásticamente la noción de verdad que predomina en los dominios del análisis filosófico. Si no hubiera nada más que enunciados causales singulares, como los que encontramos de manera concreta dentro de los textos, nunca podría hablarse de conocimiento seguro, en el sentido fuerte del término – el sentido de la ciencia–. Nuestro filósofo no quiere que esto pase. Es por ello que propone una fórmula que rescata la lógica deductiva del modelo, por un camino alternativo al del ensanche por “relleno”. Esa fórmula, vista por encima, parece tener algo de sentido. Pero en filosofía analítica nunca bastan las miradas leves. ¿Tiene algo de coherencia la propuesta de M. White cuando la examinamos con más detalles? El “si” es una respuesta difícil de dar, a menos que encontremos una manera cuerda de hacernos cargo de de la cuestión bien espinuda de la verdad. ¿Que haría verificable una oración cuya fuerza sean solo implicaciones tan indirectas como las presupuestas en la doctrina del *existencial regularism*?

Esa es la pregunta que hay que contestar.

Si uno quiere demostrar a alguien que los tigres asiáticos se mudan de una región a otra cuando se inicia la estación seca, el recurso más seguro será comprar un par de pasajes, llevar al escéptico a una zona de protección natural o un parque nacional y apuntar con el dedo diciendo “mira, ahí están los tigres de los que te hablé, emigrando debido a que se acerca la estación seca”. Pero este recurso no está nunca a la mano del historiador, que jamás podrá tener las pruebas directamente frente a sus narices.

Sin embargo, el investigador puede lograr un efecto similar, perfectamente compatible con los requerimientos de su actividad cognoscitiva y con las demandas del modelo deductivo, si es capaz de ofrecernos evidencia indirecta que nos tenga que mover a pensar que una oración causal que nos habla de las mudanzas de los tigres pueda ser correcta:

“If a historian can present inductive evidence of this kind, he presents what might be called indirect evidence for his singular causal statement, evidence that is in a certain respect like the evidence we present for the statement that a man is a father when we say that he behaves like a father, and unlike the evidence we present when we point to one of his children; like the evidence that we may present for saying that a person is a grandparent of another even though we cannot produce a person who is child of the first and parent of the second”¹⁴.

Estas razones inductivas son lo mismo que coeficientes probabilísticos de que cierto hecho tenga que estar relacionado con otro hecho. Si hay una implicación estadística importante como la descrita, podemos aseverar que el reclamo de verdad del texto es justificado.

¹⁴ M. White, *Ibid.*, págs. 88-89.

Hay que conceder que disponer de un *explanatory deductive argument* siempre resultará preferible a tener meramente la *seguridad inductivamente alcanzada de que ese argumento debe existir*, si lo que nos importa es la veracidad. Pero esto, por sí solo, no prueba que sea justificable el desdén con el que se trata las explicaciones típicas del historiador, que no consisten más que en una larga cadena de presunciones: quizás no seamos capaces de validar aseveraciones como los físicos, pero mientras seamos capaces de delinear la “theory of how we can inductively confirm statements asserting the *existence* of certain kind of deductive arguments”¹⁵, podremos reclamar el derecho a analizar nuestros relatos en términos del modelo regularista clásico.

¿Cómo enfrentan las narraciones históricas el test de la realidad, que aprueba con tan buena nota el modelo deductivo fuerte de explicación histórica?

Las *inductive reasons* de Morton White, que actúan como sustituto de las leyes universales, parecen ligar lo antecedente con lo consecuente mediante un discreto coeficiente de probabilidad. Si dejáramos aquí su teoría tendríamos una fórmula que no se diferencia mucho de la explicación a partir de *leyes estadísticas* y de la explicación por *razones* de que nos han hablado dos subcorrientes del análisis filosófico, que habían aceptado ceder un poco, atenuando el deductivismo fuerte del modelo, para lograr acercarlo más a la práctica de la historia. Pero M. White no quiere que todo acabe donde lo dejaron los sucesores de Hempel y Dray; él quiere ser reconocido como autor de una perspectiva novedosa, y advierte que sus expectativas lo ponen en el caso de tener que idear una manera alternativa para seguir defendiendo que nuestras explicaciones son *implícitamente científicas* (aunque explícitamente a veces parezcan cualquier cosa).

Cuando Hempel y Nagel descubrieron que las explicaciones deductivas de los historiadores no se afirman en leyes universales en sentido estricto, salieron al paso inventando unas regularidades puramente estadísticas, que cumplían su misma función lógica, pero de una manera más flexible (explicar ya no es aquí exactamente lo mismo que predecir y verificar). White reconoce que cuando un historiador está puesto en el caso de defender su convicción de que detrás de un enunciado causal singular existe un argumento deductivo, sólo puede hacer referencia a probabilidades. Pero alega que no se sigue de esto que haya que sacar la misma cuenta que Hempel y Dray, que nos hablaban de “generalizaciones probabilísticas”, que son sustitutos de las leyes universales plenas. En las narrativas históricas hay una invocación a frecuencias, pero no hay nunca verdaderas “generalizaciones estadísticas”. Las generalizaciones de este tipo, sabemos muy bien, exigen un sustento matemático. Cuando un historiador emplea la palabra “probabilidades” no lo hace como lo haría un experto en números sino como lo acostumbra la gente corriente, en sus formas normales de comunicación –p. ej., cuando muchos adultos consideran que tal persona es padre de determinado niño, debido a la existencia de un gran parecido en la parte física y en los gestos–.

Ningún buen estadístico aceptaría que un juicio tan subjetivo como el que convierte a un niño en el hijo presuntivo de determinado adulto esté en condiciones de salvar bien un test serio de la

¹⁵ M. White, *Ibid.*, pág. 90.

certificación probabilística. *Probabilidades* aquí son *posibilidades* más o menos ciertas (sensatas, por lo menos) de que una cosa sea la causa de la otra, que sirven de aval para la presunción de que un enunciado causal es un argumento deductivo. ¿Se trata entonces de “razones”? M. White dice que no.

Algunos filósofos del lenguaje ordinario alegan que no hay implicación alguna entre los enunciados causales singulares y las leyes, y que esto se soluciona reemplazando la noción de ley por la de *principios racionales de la acción*. ¿No sabemos que la principal causa de las conductas humanas que estudiamos son los estados de conciencia de los agentes? La pregunta que hay que formularse, entonces, es si no tendremos que aceptar como causales solamente a los enunciados cuyo referente sean deseos, emociones o propósitos de las personas, mucho más que las posibilidades de que una causa abstracta esté ligada a una ley. Morton White lo niega. Cuando un historiador formula interrogaciones que conciernen a la cara subjetiva de toda acción, lo hace “in order to ask in a non causal way for the arguments used by the agent in defense of, or in justification of, an item of any one of this kinds”¹⁶. El investigador sabe que generalmente no existe ninguna implicación lógica entre los principios normativos del agente –digamos, su subjetividad– y la conducta propiamente dicha: en la vida práctica es muy frecuente que las personas actúen en completa ignorancia de la causa a la que están contribuyendo. ¿Cuales son, entonces, las subjetividades que se relacionan de una manera causal? Muchas veces el puente más directo no se da entre el acto intencional y el hecho, sino entre el estado mental del agente y el estado mental del historiador que intenta razonar sus acciones, desde la distancia. El encuentro de estas subjetividades puede ser muy fértil para el trabajo historiográfico, pero no cabe hablar de causas, ni nada de eso. Lo que ocurre simplemente es que un historiador, que ha querido examinar los hechos de una manera completa, ha juzgado necesario construir, retrospectivamente, una explicación psicológica de la conducta, que funciona en paralelo con la argumentación psicológica (y ética) que se da el propio agente, a veces también en forma retrospectiva. Dos mundos que pueden cruzarse, tanto como pueden evolucionar por separado.

Las verdades a que pueden dar lugar enunciados que se afirman en *posibilidades* que son menos que las leyes probabilísticas y los cálculos racionales no son productos particularmente gloriosos, para el estandar exigente de un positivista lógico. Pero es lo que hay. Y precisamente de eso se trata. El autor no quiere defender el carácter deductivo de nuestras explicaciones transformando el oficio de la historia en algo interesante para un paladar científico, pero inexistente. Lo que pretende con su doctrina del “existencial regularism” es describir con honestidad las características de las explicaciones históricas y establecer el grado en que ellas podrían ajustar con algunas de las que ofrece el modelo regularista.

¹⁶ M. White, *Ibid.*, pág. 216.

4. La narración en la teoría general de la explicación de Morton White

Hasta ahora nos hemos enterado de la manera como el autor intenta salvaguardar los puntos de vista de los neopositivistas ideando un modelo causal bastante extraño, del cual uno puede informarse mucho, sin haber entendido gran cosa. Es que las narraciones, aunque sean el tema explícito de la reflexión del filósofo, no son en absoluto el tema real ni de su libro ni de ninguno de sus artículos: lo que el autor persigue no es analizar las narraciones históricas, por sí mismas, como lo hacen los teóricos literarios, ni entender la función que ellas cumplen en el logro de la comprensión histórica, como harán los narrativistas, ni mucho menos cuestionar, por una vía indirecta, los nexos de la disciplina con las ciencias naturales, como sucederá con ciertos filósofos analíticos¹⁷; lo que le interesa es solamente colocar en el mercado de las ideas una *teoría general de la explicación histórica*, más o menos complementaria con el modelo deductivo, pero situada en unas coordenadas algo distintas. Para apuntalar esa construcción el autor necesita tomar en cuenta, como un dato, el aspecto de "storytelling" de la historia; lo hace porque piensa que ese antecedente, que tiene gravitancia, ha sido descuidado por sus pares, pero no porque piense que se trate de algo específicamente importante por sí mismo, acaso la clave que permita abrir las compuestas de la filosofía crítica de la historia a la exploración de dimensiones completamente nuevas.

M. White nos dice, en la introducción de su obra que la apuesta hempeliana falla porque el modelo no tiene en cuenta las características del lenguaje del historiador. Eso es un error que hay que enmendar, replanteando todo el tema de la causación. Los cuatro capítulos centrales de su obra son consagrados a esa tarea¹⁸. Luego de recorrer todos los vericuetos que son puntos de tránsito obligado de los filósofos analíticos enfrascados en estos afanes, y de inventar algunas complicaciones un poco a su medida, M. White presenta una teoría completa de la explicación, a la que le atribuye el mérito de haber provisto a la historia de una salida airosa para aquel apuro en el que habían quedado atrapados sus antecesores: edificios de lenguaje muy macizos en los que no tenía cabida la manera como los historiadores construían, en forma efectiva, sus explicaciones. En ese momento, cuando siente que ha dicho lo esencial sobre la explicación histórica, reserva un capítulo a las narrativas, en términos que resultan perfectamente compatibles con su modelo general de causación (y muy poco con lo que es la parte narrada de la historia).

Vayamos al tema de la narración.

Luego de examinar [a] los argumentos deductivos explicatorios y el tipo de leyes a las cuales remiten (que pueden ser verdaderos o falsos), [b] los enunciados causales singulares (que pueden ser verdaderos o falsos), [c] de haber aludido, aunque no revisado, los enunciados singulares de tipo descriptivo o no-causal (que pueden ser verdaderos o falsos), y [d] de haber analizado el proceso de

¹⁷ Frederick A. Olafson, "Narrative history and the concept of action", en *History and Theory*, vol. 9, n°3, 1970, págs. 288-89.

¹⁸ Capítulos II a IV: "Explanatory arguments", "Explanatory statements", "Causal interpretation" y "Reasons and causes".

elevación que permite transformar una causa contribuyente en *la causa* de una ocurrencia (sobre la base de juicios de valor que pueden ser *éticos* pero no verdaderos o falsos), llegamos al punto en que todos estos materiales tienen que confluír en un solo curso central –la narración, por cierto–.

En ese receptorio final, al cual van a parar todo estos elementos, tal cual las aguas de los ríos tributarios se suman al torrente de un río principal, cada pieza perderá, en cierto modo, los rasgos de identidad que hemos señalado al analizarlos por separado, y comenzará a subordinar su existencia al tipo de función que demanda el todo al cual contribuyen.

Volvemos, pues, al punto de comienzo de este viaje, cuando se dijo que si queríamos tratar con inteligencia los problemas filosóficos más importantes a que da lugar la historia, teníamos que abordarlos en el contexto en que ellos efectivamente se producen; esto es, en el contexto de un relato. ¿Nos interesa discutir temas como el de la verdad histórica, que comenzamos a rozar en el apartado anterior? Pues bien, si es así tenemos que preocuparnos de establecer cómo podrían decirse verdades *dentro* de las narraciones, porque sólo de esa manera nosotros podemos construir significados ciertos (o falsos).

El tema será abordado en dos etapas. En la primera se va a examinar las características estructurales de la narrativa histórica. Cumplida esa tarea, vamos a ver cómo el conocimiento de los rasgos peculiares del género nos ayudan a clarificar varios temas de la filosofía crítica de la historia.

5. Estructura de la narración histórica

El interés de Morton White por las narraciones es indirecto. Quiere examinarlas como lógico, no como experto en el discurso narrativo. Ya está dicho. Pero ¿cuál es el sesgo del lógico en tanto distinto al del crítico literario? Al lógico no le interesa ser justo en la descripción de una estructura lingüística tan compleja, como lo son las narraciones –en que las seguridades funcionales se diluyen, en que los equilibrios son apenas delicados juegos de luces y sombras, en que hay tantos niveles de complejidad–. El lógico no abriga un interés específico por saber todo lo que puede saberse de su objeto; se contenta con conocer algunas de sus propiedades. En ese sentido, apunta M. White, se parece mucho al radiólogo. Los radiólogos son técnicos que toman rayos “x” a seres humanos para examinar la estructura de su esqueleto y discernir si ella presenta alguna diferencia (negativa) respecto de un determinado patrón. No interesa aquí lograr imágenes que describan la singularidad de la persona, ni tampoco los aspectos típicos que son característicos de ella –y que permitirían decir cosas pertinentes sobre el “género” del cual ella es un ejemplo–. La radiografía le servirá solamente como un instrumento auxiliar en el que puede apoyarse para resolver un asunto de escoliosis o cualquiera afección similar. En este caso, para entender cómo se articulan las explicaciones históricas.

Nuestro radiólogo, Morton White, piensa que el esqueleto lógico del discurso histórico depende de dos elementos pivotaes, que son como los huesos de las tomas de rayos “x”: un protagonista y una serie de conectores lógicos que encadenen los enunciados de hechos que nos hablan de él, en los términos de *Tesis I* y *Tesis II*.

Llama al protagonista “central subject”.

Un relato histórico es *narrativo*, dice, cuando se trata de la “story” de una entidad identificable, más o menos estable en el tiempo, sobre la cual el narrador hace una serie de aseveraciones que pretenden ser siempre verdaderas –en eso se distingue drásticamente del artista ficcional–. Esas aseveraciones no están dispuestas al azar, el escritor las conecta respondiendo a ciertas compulsiones causales, de manera tal que resulte evidente al lector como se ha ido desarrollando la entidad en el decurso del tiempo.

En su artículo resume todo esto diciendo:

“I shall assume that a narrative has a central subject and that the task of the narrator is, at the very least, to tell us what has been true of that certain subject at different times in a coherent way”¹⁹.

Pero ¿qué es un “central subject”? Uno puede pensar que se trata de protagonistas colectivos como las clases sociales o los países (M. White cita como ejemplo a los Estados Unidos), y que hablar de sujetos centrales es aceptar que la historia narrativa camina mejor con instituciones que con personas (salvo que las personas sean algunos de esos individuos que sirven como excusa a historiadores para hablarnos de una sociedad y hasta de una época). ¿Es eso lo que tiene M. White en mente? Para establecerlo necesitamos entender una manera algo distinta a la de Walsh –que habla de relatos *planos* y *significativos*– la separación que existe entre “crónica” e “historia”.

M. White nos ofrece dos criterios demarcatorios:

[a] *Presencia o ausencia de enunciados causales*. La crónica es un tipo de escritura que consiste en una conjunción de enunciados factuales singulares cuyo único nexo está dado por la presencia de un “central subject”, a diferencia de lo que sucede con el discurso histórico genuino, que contiene oraciones que hacen referencia a hechos o estados de cosas, pero también enunciados causales simples, como los descritos más atrás (oraciones conectadas unas con otras mediante un “por qué”). De manera que lo distintivo de la crónica es que en ella predomine el lenguaje descriptivo o no causal, más que el causal que es habitual en las historias. Hay que aclarar mejor esto, porque no es tan evidente lo que se quiere implicar con la expresión “enunciados no causales”. Se trata de oraciones que no tienen ninguna ligazón entre sí –que son independientes lógicamente unas de otras–, pero que tienen en común el versar todas ellas, directa o derivadamente, sobre el mismo tema central.

¹⁹ M. White, “The logic of historical ...”, pág. 4.

Todo relato tiene, por debajo, su crónica.

[b] *La manera como se enfrenta el tema de la verdad.* La verdad de la crónica que vive dentro de un relato, es algo cualitativamente distinto a la verdad de la narración misma. En el caso de las crónicas lo que único que puede ser verdadero (o no serlo) son los enunciados descriptivos o factuales que dicen algo del “central subject”. Puede decirse que la verdad “of the the chronicle is a function of the truth of its components alone”²⁰, en el sentido de que un texto en el que abunden los enunciados factuales verdaderos, será mucho más confiable que otro en que sean escasos, pero sólomente porque lo son sus componentes individuales, tomados de uno en uno. En el caso de la historia opera un principio distinto, puesto que lo único que puede ser verdadero, o no serlo, es la cadena completa, no las partes —puede darse el caso de que todos los enunciados factuales sean ciertos, sin que lo sea el conjunto, o que haya algunas aseveraciones falsas, sin que ello conspire contra la validez del todo—.

Estos dos principios demarcatorios nos permiten cerrar bien la discusión acerca del “central subject” en torno del cual orbita toda narración. El sujeto central, hemos visto, es el elemento central de toda “chronicle” y de toda “history” porque es el elemento que les puede dar unidad en la continuidad. Para que un conjunto de aseveraciones factuales sean aceptadas como pertenecientes a una crónica, necesitamos que todas ellas se refieran, directa o indirectamente, a lo que sucede a la entidad. Si no hay esa clase de continuidad en *un sólo* tema podemos decir que no hay crónica. Lo mismo vale para el caso de la “history”, aunque con importantes matices. A diferencia de las “chronicles”, que intentan referirnos de distintas maneras las cosas que han pasado a un mismo sujeto, las “histories” intentan ofrecernos una visión sistémica de su evolución. Para que ello sea posible el tema central tiene que ser algo más complejo que un simple denominador común: el sujeto de una “history” debe tener la capacidad para madurar, desarrollarse, pasar de una etapa otra, sin perder completamente la identidad. Continuidad en un tema, en el primer caso, continuidad en un proceso interno de desarrollo, en el otro.

¿Qué tipo de “entidad” tiene la capacidad para manifestar evolucionar todo el tiempo, sin perder por ello su identidad?. David L. Hull nos aclara bien la cuestión:

“The notion of central subjects is crucial to the logical structure of historical narratives. Assuming for the moment that history could be analyzed completely into a single set of atomistic elements, there are indefinitely many ways in which these elements can be organized into historical sequences. The role of the central subject is to form the main strand around which the historical narrative is woven. In the past numerous different sorts of entities have served as central subjects in history: individual people, lineages, nations, social movements, and even ideas. The

²⁰ M. White, *Ibid.*, pág. 6.

important feature of central subjects is that form the historical narrative associated with them, they are *individuals*²¹.

Para que haya narrativa histórica, concluimos, necesitamos contar con un hilo conductor que cumpla una función análoga a las tramas de las novelas. Este hilo conductor es el tema sobre el que versará la historia. Un hilo conductor bien peculiar, por cierto. La historia, sabemos, versa sobre procesos de cambio. El hilo conductor de una trayectoria de cambio, por tanto, debe tener internalizado en su propia genética un vector de movimiento. Y esta propiedad de manifestar cambios que no afecten la carga primaria de ADN de la entidad solo la pueden cumplir los organismos vivos que estudian los biólogos. Entonces ya sabemos muy bien en qué consisten los “central subject” de Morton White: se trata de actores singulares o colectivos, concretos o abstractos, animados o inanimados, que nuestra pluma convierte en personas.

Las cosas que pasan a las personas a veces están relacionadas entre sí de manera causal. Cuando eso sucede así, la crónica se nos convierte en narración.

6. La cadena causal

La historia se diferencia de la crónica en que contiene enunciados causales, algunos de ellos singulares y muy elementales, otros poseedores de mayor fuerza lógica. Pero esta conjunción de aseveraciones que se interpenetran, se alimentan unas a otras, es peculiar en cuanto *presupone el movimiento*. Ya está visto. Si lo que hubiera aquí fueran simplemente las piezas de un mecanismo – por ejemplo, un reloj–, la coherencia que cabría esperar sería aquella que quiere rescatar el estructuralista o el funcionalista, que se han especializado en el análisis sincrónico de sistemas. Pero sucede que los nexos no se establecen con lo que está al costado de cada aseveración –lo único que está *al lado* de un enunciado, en cada momento, es el “central subject”, tal cual sucede con la crónica–, sino más bien con cosas que han sucedido antes y que sucederán después.

Hay que pensar, pues, en una especie de “cadena causal” en que los eslabones son las aseveraciones que hace el narrador. Esa cadena puede ser muy simple. Puede consistir en una sucesión perfecta de enunciados que son, cada cual, consecuencia de un enunciado precedente, a la vez que causa del siguiente, hasta que llegamos al último. O puede ser algo mucho más complicado e implicar un fluir continuo que por momentos se quiebra, cuando el narrador coloca allí aseveraciones sobre hechos o estados de cosas que no son explicativas o que, siéndolo, extraen su fuerza lógica de premisas que son externas a la cadena –siempre vamos a encontrar enunciados acerca de hechos cuyas causas se encuentran en el exterior del relato mismo–. En esos casos, los casos reales, nos toparemos con seguridad con la complicación adicional que supondrá la opción del

²¹ David L. Hull, “Central subjects and historical narratives”, en *History and Theory*, vol. 14, nº3, 1975, pág. 255.

narrador de establecer una segunda línea de continuidad a la “story” mediante el recurso a la “causal interpretation” (elevando una causa a la condición *de más importante*, empujando el relato en la dirección que es coherente con esa ordenación de las prioridades).

¿Es la realidad de las narraciones homologable a la imagen de una larga cadena de causas? M. White cree sí, pues está convencido de que incluso en los casos en que nos vemos confrontados a sistemas simbólicos altamente complejos, como sucede con las piezas literarias, siempre va a resultar posible llevar adelante el ejercicio de reducción que nos permita transformar ese enmarañado cuadro inicial en un solo flujo, una sola perspectiva dominante, una sola línea lógica de desarrollo, una sola “story” orientada hacia un solo desenlace.

Luego de que hemos establecido esta analogía, estamos a punto para volver discutir lo que considera el problema central de la “philosophy of narration”, que habíamos dejado esbozado en el apartado anterior. ¿Qué significado puede enmascarar el término “verdad” cuando el tema no son ya los componentes de un relato, sino la larga cadena en la cual esos enunciados singulares se cobijan? ¿puede decirse que una narrativa histórica es más confiable que otra, tal cual puede decirse que lo es una aseveración científica o una teoría científica, propiamente dichas, en relación a otra?.

Uno de los elementos que encontramos en una narración son causas. Antes de formarnos una opinión sobre el valor de verdad de que puedan ser portadoras las causas tenemos que establecer si hay una manera rigurosa de decidir cuáles enunciados de causas deben ser incluidos en un relato y cuáles no. Generalmente aseveramos que un enunciado explicativo pesa más que otros, y merece ser elevado a la condición de causa, debido a que hace referencia a aquello que “marca la diferencia”, en cuanto es lo que determina que algo que llevaba una dirección termine adoptando otra. Alguien ha dicho, a partir de aquí, que una causa es aquella condición que genera lo “inusual”. Para quienes siguen esta acepción de “decisivo” un hecho es, en cierto modo, aquello que se aparta de una tendencia, aquello que logra sobresalir ante nuestros ojos precisamente en virtud de su condición desviada; una condición necesaria, cualquier factor que interfiere un curso normal, y una condición suficiente, aquella que genera la desviación más significativa de la tendencia²². M. White acepta definir las causas como las condiciones que modifican de manera más señalada un curso esperable. Pero luego se pregunta si existe una manera rigurosa de establecer, en la realidad de la escritura histórica, cuándo un factor determinado merece ser destacado como el más “anormal”, “causa principal”, “causa real”, “factor preponderante”, “condición decisiva”, “condición suficiente” o como quiera llamársela. ¿Habrá algo en las fuentes examinadas que permita establecer los órdenes en la prelación de las causas? Desgraciadamente, las fuentes son mudas cuando se trata de establecer los grados de desviación (tendrían que ofrecernos patrones de normalidad muy claros que se pudieran aplicar a todos los casos, para que pudiéramos establecer los grados de desviación, cosa totalmente implausible). Debe ser, entonces, el propio historiador, guiado por su subjetividad, quien formule los

²² M. White cita como un buen ejemplo de este punto de vista el análisis de las condiciones causales “normales” y “anormales” de Hart y Honoré. Ver su “Causal judgement in history and in the law”, en William H. Dray, ed., *Philosophical analysis and History*, New York, Harper & Row, Publishers, 1966 [1959], págs. 216-25.

juicios probabilísticos de anormalidad, en base a los cuales se seleccionará lo que se entiende como “la causa”.

Puestos en este predicamento ¿cómo podemos sopesar la firmeza de nuestras narraciones explicativas? ¿qué es lo que nos permite decidir que lo que tal historiador connota como relevante vale más que lo destacado por el historiador del lado?. Si señalamos que la condición más importante es decidida solamente por apelación a los valores, ¿por qué no incluimos en esta cazuela las perspectivas actitudinales del lector? El historiador no puede resolver lo que acepta como importante en el aire: debe proponer *posibilidades* que resulten amigables para la visión de mundo del destinatario del mensaje.

Pero la cuestión no termina ahí, porque las “causas”, que nos ocasionan tantos problemas, acaban en “efectos”, que también entran a tallar en los relatos y que nos ofrecen complicaciones todavía más serias. ¿Basta establecer que una causa es el antecedente anormal más importante para que inmediatamente tengamos claro lo que debe seguirse de ella, esto es, su consecuencia anormal? Pues no, con las consecuencias pasa lo mismo que con las causas:

“We shall also see that a narrator will not only try to pick out *the* cause of an event, but he may refer to something as *the* effect. Here an element of value enters quite directly. Even if we are able to identify the cause of an event as its abnormal antecedent, we cannot analogously identify *the* effect of an event as the abnormal consequent of the event. Once again the decision as to which true statement to assert is dependent on an extrahistorical judgment which is not logically implied by the statement of the effect²³.”

White llama a esta operación la “causal interpretation” y resume todo lo que he examinado en la siguiente fórmula:

“Thesis II: A is the decisive contributory cause of C from point of view *m* only if: (1) A is a contributory cause of C, and (2) A is the abnormal cause –the difference-maker– from the point of view of the historian who regards the subject of his inquiry in manner *m*”²⁴.

Extraña fórmula ésta. Nuestro autor ha librado, hasta aquí, un esfuerzo heroico en defensa del regularismo, por caminos entreverados, a veces curiosos, mostrando una persistencia y una determinación admirables. Pero al final de todo nos sorprende haciendo una concesión extraordinaria al relativismo, y nos quedamos con un modelo de la cadena causal quebrado, con la cabeza apuntando para el norte y los pies para el sur.

La cosa se pone peor cuando pasamos del examen de la *causalidad* al de la *factualidad*. El criterio de la anormalidad, con todos sus bemoles, nos ayuda a seleccionar las causas que debemos incluir en un relato –aunque no nos aporte una guía muy útil a la hora de decidir sus prelacones–. Sin embargo, no contamos con nada equivalente para seleccionar los hechos cuya confiabilidad luego vamos a establecer.

²³ M. White, *Foundations of historical...*, pág. 9.

²⁴ M. White, *Ibid.*, pág. 126.

Asentemos un hecho inicial obvio, pero indesmentible: por más que suela haber desencuentros a propósito de muchas materias entre los historiadores, no los suele haber cuando se trata de sopesar los méritos de dos narrativas dedicadas a una misma materia. ¿Cómo explicamos que historiadores que son distintos en tantas cosas suelen calificar como más verdadera la misma narrativa? ¿qué factores son los que explican estos consensos finales entre sujetos divergentes?.

Una manera de enfrentar el problema es pidiendo ayuda a la misma realidad que las narrativas intentan representar. Podemos suponer, como hacen muchos, que una narrativa bien cimentada en la experiencia será aceptada como superior a una que no cuenta con un apoyo empírico de la misma calidad. Diremos, entonces, que la mejor la narrativa histórica será siempre aquella que tenga adosada una crónica de mejor calidad.

¿Tiene sentido esta idea? Ranke, los teóricos empiristas, al igual que gran parte de los investigadores profesionales que producen las narrativas que consumimos a diario, están convencidos de que sí. Su punto de vista, puesto en simple, es el siguiente: si los hechos investigados son firmes y si se ha aplicado bien el método, los resultados obtenidos solo pueden ser correctos, sin que importe demasiado cómo construya el escritor su “story”. Nadie piensa que un trabajo empírico llevado con rigor y método pueda resolver todos nuestros problemas –siempre habrá un elemento interpretativo, personal, valórico que interfiera en nuestro trabajo–, pero se da por descontado que si se respetan los protocolos investigativos se podrá obtener cuando menos eso que llamamos “verdades científicas”. ¿Será así? ¿basta interrogar de manera disciplinada a la realidad para que podamos establecer, *ipso facto*, juicios evaluativos consonantes? M. White, al igual que otros filósofos analíticos, manifiesta dudas. ¿Es la duda misma lo nuevo? No, eso no. Como advirtió uno de los primeros reseñadores de *Foundations of historical knowledge* (1965), lo nuevo es el motivo por el cual este *sui generis* positivista-relativista en particular cuestiona una de las premisas más asentadas entre los historiadores, anticipando una de las tesis centrales del narrativismo. En lugar de deducir su escepticismo “of the first principles of an idealist philosophy, it is the outcome of carefully put together analytical arguments”, que giran en torno del aspecto narrativo de la historia²⁵. Se trata de lo siguiente. ¿En qué se distingue M. White de lo que conocimos antes? Sus predecesores discutían la científicidad de la historia debido la porosidad de su lenguaje y sus consensos. En ausencia de un filtro depurador, que contenga los sesgos del investigador, ¿que nos queda? Una mirada subjetiva, sin duda ideológica, acaso artística. De ciencia, nada. Morton White saca las mismas cuentas que esos pensadores alemanes que hacían rabiar a Mandelbaum, pero transfiriendo el foco de la discusión desde la parte de la investigación a la de la escritura. No es cierto, dice, que el elemento distorsionador opere de manera activa solamente en la etapa de la investigación, cuando tenemos que terciar de manera concreta con los hechos. Lo hace de una manera tan perturbadora

²⁵ Rudolph H. Weingartner, reseña crítica de *Foundation of historical knowledge*, en *History and Theory*, vol. 7, n°1, 1968, pág. 240.

como esa en la etapa posterior, en que intentamos trasladar la realidad desnudada a una forma literaria llamada “narración”.

Nos preguntábamos qué es la verdad o cómo puede ser validado un texto histórico. Pues bien, si queremos entrar de lleno en ese tema u otro cualquiera, tendremos que preguntarnos qué haría verdadera esa entidad literaria mediante la cual organizamos el material acumulado sobre un “central subject” en un solo cuadro coherente.

Nuestro autor apela a un ejercicio simple, pero gráfico, para demostrarnos que no puede ser el mérito de la crónica que los historiadores construyen, como fruto de su trabajo investigativo, el que resulte decisivo a la hora de establecer cuál narrativa histórica es mejor que otra.

Pensemos que tenemos al frente dos textos que se ocupan del mismo tema. ¿Podremos establecer un principio de jerarquización sobre la base de una simple operación de cotejo? La verdad es que no. Uno tiende a pensar que una narración que se sustente en una crónica con un buen prontuario será preferida a otra que contenga aseveraciones factuales discutibles, pero lo cierto es que esta correlación no siempre se produce. Son frecuentes los casos en que valoramos mucho más un texto con ripios, por sobre otro que puede ser mucho más pulcro en el trabajo empírico:

“Even though the truth of a history is determined by the truth of its components alone, historians evaluate each other’s works in ways that take them beyond the question of the truth or falsity of the statements composing those works. One historian who examines another’s history of the same subject may agree that each singular causal statement made by the other is true and yet feel that the history as a whole is inferior. And so the question arises as to whether the considerations that are adduced in such assessments of inferiority (and superiority) are different in kind from the assessments of the truth or falsity of the component explanatory statements”²⁶.

¿Qué criterios son esos que parecen existir a la vez *dentro del relato* y dentro de las cabezas de quienes sopesan su valor (personas corrientes, que juzgan conforme al común sentir y parecer), que nos hacen aceptar como verdadera una cadena causal que contiene enunciados descriptivos falsos? Sabemos que son tan importantes como para que nuestra idea de la verdad dependa de ellos, pero no estamos enterados de mucho más.

Demos un paso más con nuestro ejercicio. Consideremos que tenemos al frente dos crónicas que versan sobre el mismo “central subject”, en las cuales cada uno de los escritores incluyó solamente hechos confirmados, de importancia más o menos indiscutible. No hay ninguna posibilidad, pues, de decir “tal narración es mejor porque tiene menos aseveraciones falsas que la del lado” ¿Cómo establecemos las prelación si no hay otra diferencia entre ambas salvo los hechos *verdaderos* que cada escritor quiso incluir en su relato? ¿podremos decir, sobre la base de algún criterio inobjetable, que hay enunciados confirmados a los que cabe acordar un mayor valor, una vez que hemos descartado la posibilidad formarse juicios evaluativos a partir del mayor o menor número de enunciados falsos? ¿será esa la solución que necesita esta filosofía crítica que se queda corta con lo

²⁶ M. White, *Foundations of historical ...*, pág. 225.

de los hechos? Pensemos en la posibilidad de sopesar la pertinencia de los criterios que llevaron a los dos escritores de nuestro ejemplo a seleccionar ciertos hechos y a excluir otros. Si pudiéramos decir que uno de esos criterios es más apropiado para abordar un tema que el otro, tendríamos la vara que andábamos buscando. ¿Funciona este método de calificación? Hay que decir que no. Sólo cabría decir “tal criterio es más adecuado para abordar tal sujeto central” si es que hubiera algo en el propio tema, en el propio sujeto central (o en cualquier parte), que hiciera obligado adoptar tal o cual criterio para seleccionar determinada clase de datos. Algo así como un *criterio de criterios*. ¿Qué clase de criterio sería aquel que nos permitiría que criterios de selección debemos emplear, en cada caso?.

M. White descarta de plano que los sujetos centrales puedan proporcionarnos una guía de este tipo. No hay nada dentro de ellos ni en su contorno, dice, que nos indique lo que debemos tomar en cuenta (qué materiales específicos exige la historia que hay que relatar). Cuando se trataba de seleccionar la causa contribuyente que podríamos elevar a la condición de causa más importante, disponíamos del principio del “abnormalism”, que se origina en las características del sujeto central. Pues bien, este criterio no nos sirve para seleccionar hechos, de la misma manera que nos sirve para descubrir las causas, porque no puede decirse ni remotamente que las crónicas contengan solo eventos *inusuales* –aunque contengan algunos–. ¿Habría algún sucedáneo para este principio de la anormalidad? ¿habrá, en particular, un criterio de normalidad, que nos sirva para transformar datos en hechos históricos?.

Si aceptáramos como suficiente la idea general que prima entre los practicantes de la especialidad sobre los hechos que cabe considerar como importantes –si aceptáramos que los hechos que destacan casi todos los historiadores que conocen muy bien un tema son los correctos–, el asunto que nos preocupa estaría resuelto; habríamos resuelto, de paso, la cuestión de la subjetividad que tanto desvela a los filósofos críticos o analíticos de la historia: luego no tendríamos más que ir ensamblando los componentes con diligencia poniendo en los lugares indicados los nexos causales que necesita la crónica para devenir en narración. La operación no revestiría complicaciones especiales puesto que las características del material, que no nos ayudan a seleccionar hechos, si nos dan pistas acerca del tipo de nexo lógico que va bien en cada lugar de la cadena –así piensa M. White–. Si contamos los hechos adecuados, tendremos las inferencias correctas; el lógico podrá resolver, sobre bases ciertas, quien ganó el concurso. Lo que obtendríamos, entonces, sería una explicación completa, perfectamente racional, de un alcance mucho más generoso que el que cabe esperar de la realización improbable del ideal presupuesto por la formulación clásica del modelo deductivo, ya que la narración que produciríamos lograría capturar una imagen de conjunto de un tema general, con movimiento incluido, en lugar de ese paisaje atómico y atemporal al que pueden dar lugar unos argumentos deductivos muy compuestos, muy satisfactorios formalmente, pero deshilachados, desligados unos de otros, que sólo nos hablan al final de la necesidad probabilística

de la ocurrencia de pequeños detalles, sin aportar gran cosa a la comprensión de las narraciones como *todos*.

Aquí acabaría la "story" del regularismo, con un final realmente feliz.

Desgraciadamente el método de selección del *sentido común* del profesional no ofrece muchas garantías. ¿Cómo puede justificar el narrador la supremacía de su *crónica verdadera* sobre la base del juicio de normalidad de una comunidad que carece de un vocabulario técnico de aglutinación, de una comunidad cuyos consensos son sencillamente rudimentarios? Lo cierto es que hay nada más irregular y caprichoso que los juicios de normalidad de los historiadores, que dependen de unas teorías implícitas de la factualidad sobre las que voy a hablar un poco más adelante.

Sabemos que no existe la posibilidad de que dos historiadores distintos seleccionen de manera espontánea los mismos hechos. ¿Será posible, sin embargo, que puedan actuar de manera concordante por lo menos cuando se trata de elegir esos 'basic facts' que sirven de pivote para cualquier narración? ¿esos hechos que nadie deja de incluir porque su importancia está a la vista de cualquiera? Hemos visto que no existe una manera rigurosa de seleccionar enunciados sobre hechos, en general. ¿No existirá, por lo menos, la posibilidad de someter a ese ejercicio a los hechos que actúan como eje de cualquier relato? Si esta posibilidad estuviera a nuestra mano, todavía tendría algún asidero el método la validación por cotejo –las diferencias se darían a propósito de hechos menores, que gravitan poco sobre el conjunto–.

¿Qué son los 'basic facts'? La discusión de este tema nos permitirá replantear de una manera más comprensiva la materia que estamos tratando aquí.

Se trata del tipo de hechos que cualquier historiador consideraría obligatorio incluir en una narración que sigue el proceso de desarrollo de un sujeto central dado. ¿Ejemplos? Si el *organismo* cuya evolución estamos siguiendo son los Estados Unidos, habría que pensar en fenómenos generales como la Revolución de Independencia, la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial, la Depresión, la Segunda Guerra Mundial, que los historiadores llamamos "hechos", dependiendo de la posición desde la que los examinamos (la guerra civil es un "basic fact" para el guión narrativo recién expuesto, pero también puede ser, ella misma, un sujeto central para una narrativa distinta).

Estos hechos mayúsculos son como las puntas de montes que asoman en las aguas marinas bajo la forma de islas, que permiten a los observadores intuir la existencia de una gran cordillera sumergida, que está esperando a su descubridor. Esa cordillera, por cierto, es el sujeto central de cada crónica y relato.

Desgraciadamente no es nada de fácil descubrir esas islas que nos remiten a las cordilleras sumergidas. Nos pasa con ellas lo mismo que con los hechos, mayores o menores, que cada escritor decide incluir en su crónica. ¿Cómo sabemos cuándo un hecho es una verdadera isla, que corona la cima de una cordillera, una vez que hemos declarado como no operativo, en este terreno, el principio del "abnormalism"? M. White ha advertido muy bien que la filosofía crítica ha sido capaz de ofrecernos teorías en base a las cuales podemos resolver *por qué algo debió suceder* en lugar de no

hacerlo –como la mentada teoría causal de la anormalidad, a la cual él adhiere–, pero no hay ninguna teoría equivalente que nos ayude a establecer *qué es exactamente lo que sucedió*. Los pensadores alemanes y los posteriores filósofos crítico anglo-americanos no se ocuparon del tema, porque aceptaron como obvio que nuestros desacuerdos debían producirse solamente a partir del momento en que queríamos explicar o comprender los hechos importantes. En la etapa previa, en que sólo había que consignarlos, se daba por descontado que bastaba realizar un simple registro. Si el investigador escogía adoptar una actitud de razonable distancia sobre lo que fueran los hechos mismos, que eran asumidos como un material dado o auto-evidente, si aplicaba correctamente los mecanismos de la crítica documental para separar el polvo de la paja, ya está dicho, entonces podíamos contar con que no se nos produjera ninguna incomodidad filosófica en la que mereciera la pena detenerse.

Teoría de las causas; no teoría sobre los hechos.

El gran aporte de Morton White a la filosofía crítica anglosajona, y al narrativismo en particular, es haber construido una “philosophy of the narration”, buena o mala, cuyo principal tema es esa etapa descuidada por sus predecesores y coetáneos.

Nuestros problemas filosóficos más agudos, propone, se manifiestan en la etapa en que simplemente describimos lo que sucedió –en que describimos hechos que hemos seleccionado–. Cuando un investigador se pregunta *¿qué sucedió en septiembre de 1973 en Chile?*, vamos a descubrir que surgen muchas más interrogantes sin respuesta satisfactoria que cuando nos preguntamos por las causas del golpe de estado, por una razón muy simple: un historiador, sea del lado que sea, siempre tendrá a mano una o varias teorías de la *causalidad*, que compartirá con los investigadores que comulguen con sus propias ideas políticas y filosóficas, pero ninguna de la *factualidad*. Esa teoría de la causalidad le ayudará a considerar como hechos ciertas cosas, pero no mucho más que eso. Para que el trabajo con la materia prima fuera realmente satisfactorio sería necesario que estas teorías de la causalidad incluyeran, de manera explícita, una teoría sobre los hechos, que nos permitiera decidir, como sucede en la ciencia, qué debe contar como un dato, cómo establecer los ordenes de importancia, etc. Nada de eso existe. Es cierto que detrás de toda teoría de la causalidad suele haber una teoría subyacente de la factualidad. Pero se trata de puntos de vista carentes de la articulación y cobertura suficiente para resolver el asunto de la selección que hemos venido discutiendo. Aunque actúan como guías, no puede decirse que funcionen con la misma precisión que lo hacen las teorías de la causalidad, razonadas por los lógicos. M. White resume esto diciendo que la “cause of what happened is a more definite notion than the notion of what happened”²⁷.

Revisemos las teorías, con ayuda de analogías.

Pongámonos en el caso de hacer un sumario interesante acerca de alguien que consideramos un buen amigo. *¿Qué datos incluir en el relato?*. Seguramente queremos plasmar una impresión global

²⁷ M. White, *Ibid.*, pág. 238.

de ese ser humano, que logre involucrarlo por completo, que lo especifique y permita señalar sus peculiaridades. Pero nos encontraremos con que hay miles de rasgos y de características que podríamos mencionar, que de ninguna manera van a poder ser cobijados en el formato elemental y parco de una “story”. Vamos a tener que decidir qué rasgos ponderar, cómo deben hacerlo los psicólogos laborales en los procesos de selección de personal. ¿Qué rasgos seleccionaremos?. Uno puede optar por los datos que hablen muy bien de nuestro amigo –White llama a esto *esteticismo*–. Aquellos que hacen que aparezca como una persona interesante, energética, exitosa, bella, seductora, o cosas de ese estilo, de acuerdo a cierto criterio de lo sobresaliente. También puede adherir implícitamente al ideal ciceroneano de la historia como *magistra vitae* –Morton White llama a esta opción *moralismo*–, y considerar en la descripción solamente hechos que sirvan para resaltar actitudes éticas o políticamente edificantes, que se ven ejemplificadas en nuestro amigo. En ese caso, es posible reunir datos que sirvan para sustentar una moraleja: que nos hablen de la bondad, la justicia social, ciertas inclinaciones políticas que son cosubstantivas de determinados valores, etc. Si le basta con eso, se puede echar mano de otros recursos. Por ejemplo, es posible recojer información que haga referencia a lo que Aristóteles llamaba la *esencia* de una cosa o una persona. Es decir, se puede destacar rasgos o hechos que expresen, de algún modo, las verdades más profundas, ciertas propiedades que nos hablan de la manera como nuestro amigo se conecta con el *Ser*, con lo absoluto que vive en él, bajo él, sobre él, acaso su alma. Si la metafísica nos viene mal, podemos llegar más o menos al mismo lugar, saltándonos a Aristóteles, a partir de una concepción semi-teleológica de la esencia. Supondremos que no existen cosas en el *más allá* que expliquen las del *más acá*, que ni las cosas, ni las personas tienen propiedades de ese tipo. Pero mantendremos que tienen otras cualidades que, siendo muy distintas de las esencias, cumplen una función análoga: atributos que un observador puede *convertir en esenciales* dependiendo de su punto de vista y de sus intereses. Nuestro amigo podrá revelárenos como más radicalmente un *sí-mismo*, en tal comportamiento que en el otro, a la luz del enfoque desde el cual estemos mirando la cosa en cada momento –el nombre que da White a estas dos opciones es *esencialismo* y *esencialismo pragmático*, respectivamente–. Si nada de esto nos contenta, podemos apelar al recurso defendido por Oakeshott y llevado al extremo del ridículo por Danto, con su Cronista Ideal (precisamente para hacernos ver lo cuestionable que es nuestro viejo y maltrecho concepto de la objetividad). Diremos que describir no es intentar encontrar rasgos decisivos de la personalidad de nadie, datos sobresalientes que logren, de algún modo, expresarnos el *todo* en el cual participan, sino consiste en hacer el esfuerzo de ofrecer al lector la aproximación más detallada posible al tema. ¿Quién es el amigo que queremos presentar a la consideración de una audiencia, que queremos explicar como ser humano? Es *él* completo. No hay aquí factores preponderantes, datos decisivos, pues todo, sumado, es igualmente crucial. Se tratará, finalmente, de organizar, de la mejor manera posible la mayor parte de la información que manejemos, idealmente la totalidad de ella. Mill llamó a este esfuerzo superlativo de abarcar todo lo que está a nuestra mano el *enciclopedismo*.

¿Son útiles estas “pautas de selección de personal”, en el sentido de “útil” que nos representamos inicialmente?. La respuesta es que no. Cuando un escritor selecciona rasgos de la personalidad de un amigo que lo hacen aparecer interesante, que dan la impresión de que hay algo esencial en él o que son funcionales con el propósito implícito o explícito de causar determinado efecto en el auditorio, lo único que tiene en cuenta, más allá de sus puntos de vista acerca de lo que es atractivo o moralizante, son las expectativas, intereses y emociones del público con el cual quiere entrar en contacto. Esa mínima exigencia que nos impone la comunicación –la necesidad de utilizar códigos de significación que sean compartidos por destinatario presuntivo del mensaje– parece ser el único horizonte que sujeta los criterios autorales. Y la verdad es que este consenso básico que es común a autor y lector no es la clase de guía que demanda un filósofo analítico que esté detrás de la teoría (científica) *de la factualidad*, implícita en su *teoría de la causalidad*.

Las teorías que se ha bosquejado no sirven para cumplir la tarea de decidir si admitimos un hecho porque son muy vagas, porque al final su objetivo no es otro que allanar la comunicación. Pero quizás podría perfeccionárselas hasta un punto de que realmente pudieran sernos de ayuda. ¿Asunto resuelto? M. White está convencido que no es así. Para entender sus razones basta cambiar el ejemplo que estamos usando. Pongámonos en una situación hipotética en que las cosas pudieran resultar tal y como querríamos. Administramos una empresa y hemos encomendado al psicólogo que trabaja en el segundo piso que nos ayude a llenar una plaza importante. El psicólogo sabe hacer su trabajo y nosotros también, porque le rayamos la cancha dándole un criterio de selección claro –cualquiera de las teorías de la factualidad expuestas–. ¿Asunto resuelto? Podría suponerse que sí, pero solo en el caso de que los criterios que ofrecimos al psicólogo de manera explícita, fueran los únicos operativos al momento de la entrevista. ¿Será así alguna vez? Cualquier profesional que se desempeñe de manera corriente en este terreno sabe que esto no es posible. Siempre habrá criterios sumergidos, quizás subconscientes, que actúen por debajo de los criterios explícitos, a la hora de elegir a un sujeto para ocupar un puesto.

¿Se entiende ahora porque M. White dice que las crónicas nunca pueden ayudarnos a decidir cuales son las buenas historias? Las buenas crónicas, adosadas a buenas narraciones, hemos visto, nos ofrecen muchos ejemplos de hechos básicos que no dependen para nada ni de nuestra idea de lo que haría atractivo o importante a un sujeto central, de lo que lo convertiría en un buen ejemplo para el presente, de lo que nos lo revelaría en toda su especificidad, de lo que lo haría distinto y especial por cualquier motivo. Esto sucede incluso con el enciclopedista, debido a las restricciones perceptivas y comunicacionales de cualquier ser humano, que le impiden realizar descripciones que no dejen fuera nada de lo importante, además de las que plantea la propia forma narrativa a la que van a parar los hechos, cosa que M. White no llega a formular –en una “story” solo pueden ser incluidos una gama limitada de sucesos, de determinadas características–. Siempre hay que decidir, sobre base subjetiva, qué hechos incluir, cuáles debemos tomar como los más importantes, cuales debemos

omitir y no contamos con más ayuda para eso que la que nos dan nuestros valores personales y sociales.

¿Qué podemos concluir, de modo provisional?. Morton White ha defendido la inteligencia positivista de “explicar”. Luego de esa declaración de principios se ha encargado hacernos una caracterización de la lógica de la narración que, como destaca W. H. Dray, “contains elements which virtually guarantee the non-achievement to this very ideal”²⁸. En primer lugar, nos hizo ser contestes, con sus monsergas de lógico, de que es la subjetividad del escritor la que interviene a la hora de elevar una causa contribuyente a la condición de causa principal. Luego criticó las teorías implícitas de la factualidad de los historiadores. Nos hizo ver que el anomalismo, el esteticismo, el moralismo, el esencialismo y el enciclopedismo nos aportan principios de selección laxos, que no son lo suficientemente imperativos como para que un narrador se sienta exigido a admitir nada más que ciertos datos como hechos relevantes. Aclaró a continuación que, en ausencia de teorías consistentes sobre los hechos, son los intereses y visiones de mundo del historiador, más que sus razonamientos conscientes y organizados, los que les sirven como guía en el proceso de construcción de la crónica. Por lo demás, aun cuando no fuera así y hubiera una manera segura de elegir los hechos que necesita la crónica que estamos escribiendo, todavía quedaría pendiente la cuestión de que cómo se vincula lógicamente todo este material *correctamente* seleccionado. Porque un principio de selección, por fértil que sea, no zanja la cuestión de la verdad. Las narraciones, como todas, no pueden ser validadas a menos de que encontremos una manera de establecer la obligatoriedad de que ciertos eslabones de la cadena tengan que ser sucedidos por otros. Necesitamos, pues, afinar una teoría mucho más específica de la *causalidad*, y de lo que podríamos llamar la *efectualidad*, que esté a la altura de la teoría de los hechos que quizás algún día llegue a delinearse. Falta la guinda de esta torta: el estudio de los enunciados factuales ‘derivativos’ que proveen a las narraciones de los vínculos que las hacen aparecer como cadenas causales. Necesitamos hacerlo porque si descubriéramos que la capacidad de estos émbolos para vincular elementos tiene también como origen la subjetividad del escritor, entonces ya no quedaría mucho de que asirse. Nuestro regularista habría llegado, por un camino muy *sui generis* –mediante ordenados razonamientos de lógico– a estacionarse en una posición que es muy próxima a la de los escépticos, que siente como su contraparte.

Morton White no cree que sea así. Está convencido de que ha descubierto el pie de barro de la filosofía crítica entendida como “philosophy of narration” –no haber razonado todo lo concerniente a los hechos–, pero se siente muy seguro sobre las fortalezas que presenta en el nivel siguiente, cuando se trata de explicar cómo es que organizamos nuestro material mediante ligazones causales. ¿Tendrá razón?. Para establecerlo necesitamos volver a plantearnos el asunto de las causas, ya no las principales, sino cualquiera de esas oraciones simples conectadas con un “por qué”. En particular,

²⁸ William H. Dray, “On the nature and role of narrative in historiography”, en *History and Theory*, vol.10, n°2, 1971, pag. 163.

debemos plantearnos uno de los problemas más serios con el que se ve confrontada su teoría de las cadenas causales: el representado por los “baches” causales.

Supongamos solamente para fines de análisis que las conclusiones más o menos escépticas que hemos ido sumando, que seguramente ocasionarían de un fruncimiento de seño de Morton White (el lector debe recordar que esta presentación de sus ideas no sólo es muy personal, sino que también *tendenciosa*, puesto está al servicio de un guión argumental distinto al del autor analizado), no son ciertas o no tienen el alcance que se señala. Tendríamos un conjunto de hechos básicos perfectamente acreditados, cuya necesidad debiera ser evidente para cualquiera, a la espera del narrador que los supiera aprovechar para consumir la expectativa de la “causal integrability” –a plena conectividad entre todos los componentes de la serie–.

¿Qué expectativas son esas? Las narraciones son formas literarias bien exigentes, porque no admiten ni imperfecciones, ni baches. Cuando uno inicia un recorrido narrativo se va encontrando con elementos extraños, junto con otros perfectamente previsibles, que desconciertan, provocan cierta ansiedad, pero nunca completa desazón. ¿Por qué motivo? Pues porque uno sabe que más adelante ese elemento *fuera de lugar* será necesario para dar impulso a la trama, de una manera que no nos habíamos podido representar. Avanzamos, respondiendo a impulsos como los que razonará Gallie, hasta que desembocamos en un desenlace en que todo es aclarado: el lector se siente gratificado por la sensación de plenitud que produce el saber que no hay cosas que no podamos explicar con nuestra razón o que sean incómodas para nuestras emociones. Si, por el contrario, descubrimos, durante este recorrido narrativo, lagunas informativas o inconsistencias lógicas, el negocio de la coherencia textual no funcionará. Basta pensar en ejemplos triviales como los siguientes: seguimos un dramón televisivo y la estación trasmisora se olvida de pasarnos un capítulo, leemos una novela a la que le han sido arrancadas varias páginas. ¿Qué sucede, en estos casos?. El lector siente que el trabajo del escritor no está bien hecho, o siente la disconformidad de que no ha tenido la satisfacción plena que habría obtenido en otro caso. No hay esa integración que es sugerida por M. White con su metáfora de la cadena causal *perfecta*.

Los historiadores buscan ofrecer a su público “stories” que den coherencia a los hechos básicos – eso es explicar, al final–. Para lograr ese efecto necesitan encontrar una manera de integrar su material estableciendo vínculos de necesidad entre cada uno de los elementos, con la ayuda de unos enunciados que llama “derivativos”. Los enunciados derivativos son un complemento de los enunciados básicos, alusivos a causas, a hechos. Lo característico de ellos es su capacidad para transformar los enunciados anteriores en causas y los posteriores en efectos, dando como resultado un orden sucesorio perfecto. Esta manera de satisfacer las expectativas de unidad que exige la forma y la disciplina, no es problemática cuando se trata de hechos que presentan muchas características en común, nexos visibles y que tienen un emplazamiento temporal y espacial contiguo. Pensemos en dos escenas consecutivas. En la primera un señor se acerca al interruptor de la luz; en la segunda vemos la pieza iluminada. No se necesita mucha imaginación para que aflore el nexo. Pero puede ser

problemática en casos quizás más normales para el historiador, en que resulta difícil advertir lo que puedan tener en común los hechos básicos, por la precareidad de las fuentes o por los motivos que sean. Dos ejemplos, cada uno con dos escenas. En el primer ejemplo visualizamos a la Guerra Civil norteamericana y luego la Primera Guerra Mundial, que son los hechos básicos citados por M. White para hablarnos de la trayectoria de desarrollo del sujeto central “Estados Unidos”. En el segundo ejemplo, tenemos una instantánea con la Primera Junta de Gobierno, en que se discutió los problemas ocasionados por la prisión del rey Fernando VII, que es sucedida por una escena en que tiene lugar la ceremonia en que se hace la proclamación formal de la independencia, ocho años después. Se trata, en ambos ejemplos, de hechos que se encuentran muy distanciados unos de otros, tanto temporal como lógicamente, que no tienen nada en común salvo el haberle sucedido al mismo ‘central subject’ –Estados Unidos, en el primer ejemplo, Chile en el segundo—. ¿Cómo establecer entre ellos algo así como relaciones *naturales* de contigüidad? No hay nada natural en las narraciones que intentan explicar el proceso de la independencia chilena como causado por el acto inicial de la convocatoria a la Primera Junta de Gobierno. Eso lo sabe cualquiera que haya tenido que confrontar las miradas estupefactas de unos ojos muy jóvenes que no logran entender por qué celebramos el nacimiento de la república en 1810, en lugar de hacerlo cuando efectivamente se produjo, bajo la metáfora de que sin lo primero no pudo haber tenido lugar lo segundo.

En casos como estos, en que hay un gran vacío informativo, ocasionado por las limitaciones de las fuentes o por la gran distancia lógica entre los hechos básicos seleccionados, no es posible confiarse en que la inteligencia e imaginación del lector sea capaz de elaborar el sentido de coherencia del texto, con sus propias armas. ¿Qué hace el historiador? ¿renuncia a la expectativa del sentido plenamente logrado por pura honestidad profesional? La práctica historiográfica es muy elocuente al respecto. El historiador nunca renuncia a la ilusión de las cadenas causales perfectas, por más que sea conteste de que le faltan muchos datos cruciales, por más que sepa que sin esos datos es poco elegante intentar componer un cuadro narrativo completamente satisfactorio. En lugar de consolarse reconociendo las limitaciones que son propias de su oficio, se da maña para completar “story”, expandiendo con elástico estos enunciados derivados, *hacia atrás*, en términos de causas, y *hacia adelante*, en términos de efectos.

Consideremos una acción de derivación simple, entre hechos que no están demasiado distanciados. El historiador que nos interesa analiza un hecho y se ve en el caso de tener que decidir cuál es su causa. Hay varias opciones por las que inclinarse. Finalmente toma su decisión sujeto a la vara que le ofrece el principio de la *anormalidad*, analizado más atrás. Hay un hecho que se desvía de la norma, que podría explicar el suceso que nos interesa: tenemos al frente una huelga en un ciudad; nos preguntamos ¿qué la puede haber causado?; analizamos los hechos que la precedieron y advertimos ha habido un alza en el pasaje de los trenes urbanos. Introducimos, entonces, el “derivative statemet of cause” de rigor, que restituye a esta parte de la cadena su unidad. ¿Asunto resuelto? La verdad es que no. La función lógica del concepto de “anormalidad” es la de proveernos

de un criterio para seleccionar condiciones que son causas y hechos que son causados, que sea externo a la subjetividad del historiador y que le permita, en virtud de la distancia creada, juzgar templada y correctamente el valor de verdad de lo que sea esté bajo escrutinio. La gracia del parámetro de lo "inusual", pues, es que mantiene a raya las tendencias personales del investigador, a la vez que aporta a su trabajo narrativo una dirección clara y unívoca. Pero no es suficiente. Una vara externa sólo sirve, en el sentido que nos interesa, si es que angosta de manera concluyente el número de alternativas que podemos incluir, hasta que lleguemos al caso ideal de que no haya más que una: la seleccionada.

El problema, como se avanzó más atrás, es que un historiador puede identificar un hecho que *marca la diferencia*, sólo sobre la base de una idea previa de lo que es "anormal", en cualquier caso. Si hubiera una sola manera de entender normalidad, compartida por todos, podríamos asegurar solo hay manera lógicamente perfecta de enlazar dos enunciados vecinos con su respectivo enunciado derivativo causal. Desgraciadamente no es así. Hay tantas fórmulas como es de grande el número de visiones de mundo o de la naturaleza humana desde las cuales los distintos historiadores enfrentan su asunto. ¿Puede decirse, entonces, que el parámetro de la anormalidad aporta una vara externa al historiador? La anormalidad, vista así, solo puede ser considerada función de una evaluación tan subjetiva como la que nos hace preferir la música a la pintura, o una mujer frente a otra. Qué decir cuando necesitamos derivar los nexos que unirían dos hechos básicos que están distanciados de manera severa, en los términos expuestos más arriba. Cuando a un escritor le faltan las causas que dan sentido a cierto hecho básico, puede imaginar el tipo de causa que sería consonante con el principio de anormalidad que se ha admitido en esa parte de la narración y aplicar los rellenos del caso, con un tono cauto, quizás a punta de condicionales. El principio en cuestión no nos dictará literalmente el enunciado que habría que colocar para superar bache, pero nos dará pistas suficientes para guiar a nuestra imaginación en la labor de relleno. Una acción de relleno sobre otra acción de relleno, en definitiva.

Si no es posible *derivar* causas de manera rigurosa, ¿tendrá sentido que perseveremos en una imagen clásica de las narrativas históricas, consonante con los principios de la novela realista del siglo XIX? El historiador necesita que sus relatos ofrezcan el aspecto de cursos lineales y obligatorios, para que funcione su negocio. Pero mientras más damos vuelta a las tesis de Morton White destinadas a encontrar fundamento para esa necesidad, más nos damos cuenta de lo aleatorios que son los cursos que nos llevan a modelar la ilusión de la integración plena. ¿Cómo cumplir con las metas que se ha impuesto este curioso defensor de la teoría de la regularidad, si no somos capaces de asegurar la "story" que estamos contando sobre unos hechos esa la única que resultaba posible contar? No parece posible. Sobretudo cuando analizamos la manera como operan sus "derivative statements of effects".

¿Qué es un efecto? o más bien, ¿sobre qué bases puede decirse que una ocurrencia sea efecto de alguna otra?. Respuesta difícil hacerlo, porque la filosofía crítica de la historia se ha ocupado hasta

aquí sólo de las causas, en su empeñamiento por aclarar el problema de la explicación histórica. Producto de ello hemos llegado al caso en que casi no hay nada de lo que asirse cuando se trata de teorizar sobre las consecuencias que se desgajan a partir de cierto hecho. ¿Falta sería? Quizás muchos filósofos críticos piensen que no, puesto que parece bastante convincente la suposición de que exista una relación de equivalencia entre la oración “A es la causa de B” y la oración “B es el efecto de A”. ¿Será así? Morton White piensa que las cosas son más complejas que eso. No sólo porque no existen los estudios que demuestren la racionalidad de la suposición, sino porque parece de sentido común que los problemas filosóficos que plantean las causas no pueden ser los mismos que desencadenan efectos cuyas resonancias a veces ni siquiera han alcanzado a interrumpirse en el momento en que el narrador escribe²⁹.

M. White inicia su examen de la cuestión afirmando que el principio de la anormalidad, que presta cierta colaboración en la parte en que hay que derivar causas, es completamente estéril en el capítulo de los efectos.

Un hecho básico puede dar lugar a una gama amplia de efectos posibles. Pensemos en un ejemplo que ofrecí más atrás: el golpe de estado de 1973. Hubo muertos y torturados, acabó la utopía izquierdista de los sesentas, se formó una nueva casta gobernante, se produjo una apertura de la economía, etc. Todos estos hechos son lo que son en virtud de que se produjo la interrupción de la normalidad democrática y de que ascendió al poder un grupo de militares –un actor político *anormal* para lo que había sido la tradición de los últimos cincuenta años–, con el soporte de sectores de la civilidad, de la derecha política y parte del centro político. ¿Cómo hacer una sola “story” a partir de este material? Tenemos allí distinto tipo de cosas, no necesariamente conectadas entre sí. Algunos de esos hechos son consecuencias reflejas directas y evidentes (los muertos) de lo que hemos transformado, con tanta simpleza, en su causa *anormal*, mientras que otros, como la reorientación de la economía, mantienen con ella una relación muy indirecta (el golpe sólo puede actuar como causa si agregamos una serie de condiciones complementarias, más o menos en el sentido señalado por Dray y por el mismo M. White en su crítica a las explicaciones deductivas completas). Supongamos por un momento que tenemos la capacidad para individuar todas las consecuencias a que dio lugar el golpe de estado. Sabemos, con plena seguridad, cuáles son los efectos desencadenados por la ocurrencia, pero ¿cómo podríamos señalar, como lo hacíamos con las causas, que uno de ellos merece ser considerado a continuación por que es anormal en relación a su causa?. *Tesis II* no sirve aquí. No podemos decir “tal consecuencia es la que corresponde derivar del hecho básico que estamos examinando, mediante una operación de escritura, debido a que representa la desviación más marcada respecto de la norma de los efectos a que deben dar lugar causas de ese tipo”. Una aseveración como esta, por bien que suene, no tiene el menor sentido incluso cuando no existe un

²⁹ Este tema filosófico tiene aquí por primera vez un tratamiento parco, pero aceptable. En Danto vamos a encontrar el ejercicio más completo y límite al que llega el filósofo analítico en relación a esta materia.

bache informativo entre los dos hechos implicados. Qué decir en los casos en que si existen baches como estos y es forzoso extremar más de la cuenta las operaciones de extrapolación.

¿Conclusiones? Cuando discutimos las implicaciones del concepto de “causa principal” o “hecho básico” concluimos que no había manera en que pudiera decidirse lo que era importante sobre la base de un criterio empírico o lógico más o menos infalible. Si un historiador opta por elevar una causa o hecho cualquiera a una condición privilegiada, dijimos, lo hace en virtud de un juicio personal (o colectivo) que es dependiente de sus valores e intereses. Luego pusimos bajo sospecha la posibilidad de usar la doctrina causal de la anormalidad como guía para establecer conexiones en la narración. Por último estudiamos los enunciados derivativos de efectos, con los cuales los historiadores intentan dar fuerza lógica a la cadena causal, y desembocamos en un resultado similar, pero con un matiz interesante: la subjetividad, concluimos, es el factor preponderante en esto de la integración; pero se distribuye de manera desigual; es relativamente importante en la parte en que derivamos causas de hechos básicos y absolutamente gravitante en la parte en que derivamos efectos. Cuando se trata de provocar efectos de realidad, diríamos, en lectura narrativista, no queda más alternativa que integrar los distintos elementos con recurso a nuestros intereses políticos, nuestras expectativas de clase, nuestra visión del ser humano, nuestra concepción del mundo, bajo la forma de una trama. Nos preguntábamos, más atrás, qué factores entraban en juego a la hora de ponderar el mérito de dos narrativas históricas que se ocupen del mismo tema y se apoyen, de igual manera, solamente en hechos verdaderos. Ahora podemos contestar:

“Therefore, one ground for approving of a history –in addition to one’s conviction that it is true– may be one’s conviction that the historian has, in the course of an explanation, looked at the central subject in a way with which one sympathizes”³⁰.

¿Se acabó el Morton White positivista? Nuestro autor ha seguido hasta aquí una rutina riesgosa. Ha comenzado definiéndose como un regularista convencional, que se distingue solamente por su disposición para abordar la historia de una manera amistosa. Pero luego nos ha ofrecido un modelo de la narración como cadena causal, que se cimienta en una serie de premisas que desdibujan las expectativas iniciales que él mismo se ha autoimpuesto, liberándonos de tener que razonar críticas a su edificio teórico: es el propio autor del modelo de la cadena causal el que ha refutado una a una sus premisas. ¿Qué hay detrás de esta curiosa actitud autoflagelante? Para entender sus motivos necesitamos volver al punto de principio de este periplo e interrogarnos nuevamente acerca lo que puede hacer que un relato se nos aparezca como portador de mayor o menor grado de verdad, en cualquier caso. Eso nos permitirá entender la posición del autor, aunque quizás no sea suficiente para convencernos de que es conveniente inclinarnos por ella –tendríamos que estar en su pellejo y compartir aquellas restricciones tan suyas que le impiden abrazar con franqueza una perspectiva narrativista–.

³⁰ M. White, *Foundations of historical...*, pág. 234.

Quiero comenzar por bosquejar, con fidelidad, la respuesta que da el propio autor a estas cuestiones.

Nuestro autor considera que su teoría general de la explicación histórica es valiosa, tal como puede serlo una teoría cualquiera –útil para explicar algunos aspectos de un problema; deficiente en relación a otros–. ¿No somos humanos, acaso? Hay que conceder que el sesgo valórico siempre inficiona los encadenamientos causales y efectuales urdidos por el historiador en su narración explicativa; hay que reconocer, por ende, que no existe algo así como una explicación *completamente científica*, en el sentido de neutra y lógicamente perfecta. Si uno se siente comprometido con la tarea de defender racionalmente la bella utopía del lenguaje único y del monismo metodológico, parece pensar White, se va a sentir consolado por el hecho de que hayamos logrado pasar con una nota mediana un test bastante difícil –encontrar una teoría de la causalidad que sea ajustada a las características de nuestra disciplina y que satisfaga algunas de las exigencias que nos impone el ideal científico–. ¿Éxito completo? Eso no.

¿Es posible pensar, dadas estas premisas –una digna teoría de la causalidad que se sostiene en una laxa teoría de la factualidad–, en lograr llegar a una situación similar a la del científico o el ensamblador de autos, que pueden garantizarnos que serán capaces de arribar a los mismos resultados toda vez que partan de las mismas premisas iniciales? ¿podremos tener la seguridad de que encontraremos la fórmula *positiva* que obligue a dos historiadores a construir narraciones similares a partir de materiales y fundamentos similares, dos crónicas narrativizadas sobre un mismo sujeto central, que sean como dos autos de un mismo modelo a los cuales les sirvan los mismos repuestos? ¿será posible, entonces, establecer de manera concluyente la superioridad de una narración en relación a la otra, aduciendo que se ha atendido más estrictamente a los procedimientos protocolizados?.

Para que pudiéramos alcanzar la plena realización del proyecto angloamericano de unidad de las ciencias sería necesario que nos mostráramos capaces de sortear con éxito una segunda prueba, además de la razonar un modelo de explicación histórica ajustado a las características de nuestra especialidad: la de encontrar una manera no subjetiva, no extra-histórica, de obtener los datos que deben ser hospedados en la crónica. Morton White está persuadido de que las narraciones nunca podrán ser parangonadas a los autos con repuestos intercambiables. Para que se diera ese caso sería necesario que lográramos madurar las cosas hasta un punto que fuera posible sostener una teoría general de los hechos, cosa que no solo es improbable, sino también indeseable:

“If one were to examine history books with an eye to finding reasons for the inclusion of the statements in their basic chronicles, one would find that some are included for reason of curiosity, some for the beauty of what report, some for the moral grandeur of what they report, some for the bizarreness of what they report, some the practical lessons they teach, some for their capacity to organize a set of data associated with their central subject. My argument, therefore, has been directed against a monistic theory of what happened, against the idea that we can present a recipe for giving answers to the question “What should be recorded as basic in

a chronicle of *s*? which will, in effect, be a definition of what it is to be a basic element in a chronicle of *s*³¹.

El autor no lo dice, pero tiene razones de fondo para considerar contraproducente el esfuerzo de lograr un consenso a este propósito. Si cedemos al impulso uniformador natural en un filósofo analítico, deberíamos aproximarnos a la solución del físico, que gana en certeza al costo de perder en cobertura: lograríamos resolver en el caso a caso lo que debe contar como un dato, pero nos quedaríamos con mucha materia prima que consideramos muy importante fuera de nuestro ámbito de opciones legítimas. En el balance, habría una pérdida neta. Perderíamos esa fresca interpretativa que apreciamos, que debe tanto a la existencia de un principio azaroso de selección –a la existencia de fórmulas de selección distintas, en sentidos triviales e importantes, pero que saben convivir muy bien con sus vecinas en el horizonte del texto, en ausencia de una cláusula de coherencia específica–

Ganar *perdiendo* no es la idea. Tampoco puede serlo bajar las manos y aceptar anticipadamente la derrota. En sustitución de una teoría general de los hechos, de raigambre positivista, Morton White podría haberse animado a dar el pequeño paso que le falta para ingresar a territorio narrativista franco. No se requeriría más que ensanchar estas ideas. Podríamos decir, por ejemplo, que los hechos básicos de una narración son los que ayudan a la coherencia textual. Hay hechos que parecen tener un mayor potencial integrador. Hago referencia a aquellos que encajan bien con la trama de la narración que queremos construir, debido a que se prestan muy bien para entablar relaciones significativas con muchos otros hechos vecinos que nos resulta natural aceptar como *básicos*, porque son convenientes para nuestras teorías implícitas de la factualidad. Puede tratarse de hechos que solo sean funcionales a un principio de organización pre-existente, del tipo que sea, o puede tratarse, incluso, de hechos que nos aporten un principio nuevo, que nos sirva para ver con luces distintas un conjunto de vínculos y datos que orbitan en torno a él, cuya significación no lográbamos advertir, y que sumados a lo que ya tenemos en nuestro libro de activos colabora mucho al objetivo de la integración narrativa. Quizás estos hechos de alto potencial coligador, para usar la expresión de Walsh, sean el verdadero pivote de toda operación concreta del montaje narrativo –los verdaderos *hechos básicos* de los relatos–, actuando como el piso para los ejercicios de intrapolación y extrapolación que nos permiten ir descubriendo todo tipo de figuras, más o menos de la misma manera que lo debe hacer uno cuando concibe una estrategia para completar un rompecabezas compuesto de muchas piezas –comenzando por los bordes o las piezas más nítidas y contrastadas, para luego ir ensamblando las piezas difíciles por referencia a este marco–. Concluiríamos, entonces, que *sí* es posible desarrollar una teoría general de los hechos; sólo que no se trataría de una teoría de epistemólogos, sino de una de críticos literarios. ¿Podemos pedirle tanto a un filósofo analítico profesional?.

³¹ M. White, *Ibid.*, pág. 257.

El tercer camino hay que despacharlo tan rápido como el anterior: nunca fue un camino posible. Algunos de los escritores que han desarrollado en tiempo muy reciente la teoría postmoderna de la historia creen, como lo hace James Joyce, a través de uno de sus personajes, que el pasado narrativizado por los historiadores profesionales es una pesadilla de la cual bien valdría la pena despertar. Luego de que hemos desnudado las puerilidades de todos los consensos en los que se instancia esta especialidad, se pregunta Beverley Southgate, ¿tendrá sentido que le sigamos asignando un papel especial en la sociedad y el mundo universitario? Ninguno, salvo el de ayudarnos a tratar con nuestros malos sueños. Esta reforma tan drástica en nuestros objetivos supondría voluntad para restituir a la historia los nexos que antes la ligaban con la retórica, el arte, la política, la filosofía de la vida, rotos por los padres fundadores; exigiría de nosotros que aceptáramos nuevamente transformar a la disciplina en una instancia para la formación de valores positivos³².

La historia, como *maestra de la vida*, en este sentido específico, podría contar con los recursos necesarios para dar sustento a una interesante teoría de los hechos. ¿Es eso lo que tiene en mente Morton White cuando defiende, al final de su libro, un punto de vista *pluralista*?

En muchos casos –aunque no en todos– decidimos los hechos que cuentan amparados en consideraciones valóricas. Al obrar de esta manera no estamos aceptando devaluar la historia haciendo de ella tribuna para la demagogía, ni estamos dando amparo a un punto de vista radicalmente escéptico que autorice confundir hechos reales con falsos. Actuar por valores no es lo mismo que actuar tendenciosamente, pues los valores de uno no son, como se piensa, ni caprichosos, ni necesariamente falseadores. Pueden ser, también, fuente de conocimiento, más o menos en el mismo sentido apuntado por Gadamer: consensos que se transforman en horizontes de intelección. ¿No estarán ahí, en el estudio del papel que cumplen los valores, las respuestas que necesita una teoría general de la explicación histórica con los pies mojados?.

Morton White acepta esta solución solamente con beneficio de inventario. Hay valores que operan de manera abierta, más o menos reconocible, que pueden ser transformados en un principio heurístico fértil, con un poco de trabajo de autoconsciencia. Se puede porque están encima de la mesa, asequibles a toda inspección, prestos para que podamos y obtener de ellos tres tipos de bienes: un criterio en base al cual pueda decidirse qué es lo que debe ser incluido en la crónica, un punto de vista más general sobre lo que sea relevante en la historia (a veces ese punto de vista puede ser lo mismo que su propuesta teórica y metodológica), y una idea acerca de lo que es verdadero (o de lo que haría verdadero a algo). Cuando las orientaciones valóricas son explícitas, de esta manera, el lector podrá percibir con cierta claridad las reglas del juego –sobre todo si el escritor que tiene al frente hizo el trabajo de sinceramiento necesario y puso todo lo suyo a la vista–. Puede que tal lector no comparta los valores del narrador y que no se sienta muy a gusto con el texto, pero aún en un caso de este tipo, podrá reconocer si el escritor está siendo coherente con su propio punto de vista: si ha elegido correctamente los datos, si ha hecho las inferencias prudentes, si ha

³² Beverley Southgate, *Why bother with history? Ancient, modern, and postmodern motivation*, London, Longman, 1996.

demostrado sus verdades como debe ser, en términos del estándar que sea el caso. Verdad dentro de punto de vista, más o menos en el mismo sentido planteado por Walsh³³.

Desgraciadamente hay un segundo nivel que nos plantea dificultades de otro rango, que no lograríamos superar incluso si lo intentáramos de manera explícita. Son muchos los casos en que hacemos una evaluación de una narrativa histórica que manifiestamente no responde a ninguna de nuestras orientaciones valóricas explícitas, como las comentadas recién. En estos casos “our judgment of the history is like the judgment we make when we admire a portraitist. The painter has seen his subject as we do because, in some cases, he has valued or despised in the subject what we value or despise in him even though we cannot say explicitly what that is”³⁴. ¿Qué es lo que nos cautiva? No somos capaces de decirlo pues las raíces de ese afecto o rechazo parecen estar alojadas en nuestro inconsciente más que en los niveles explícitos donde se articulan nuestros puntos de vista ideológicos más explícitos. ¿Qué hay allí, en las zonas sumergidas de la conciencia? Más que una simple postura sobre un tema concreto, una visión general del ser humano y el mundo que nos envuelven de tal manera que no logramos entenderlas como productos de la cultura. Las sentimos *naturales*, como los son las cordilleras o los lagos que conforman el contorno geográfico en que nos movemos. ¿Qué efecto produce sobre nosotros esta esfera anterior a todas las esferas? Si se tratara de teorías de la importancia de diferentes clases de factores causales en historia, podríamos manejar la cosa con nuestra racionalidad entomológica de filósofos analíticos, pero resulta que se de concepciones metafísicas inmunes a la experiencia, que permean todas las otras esferas de nuestra existencia, incluida aquella en que elegimos los que consideramos *factores causales preponderantes*. ¿Como transformar esa base sustantiva en un principio heurístico de cualquier clase? ¿qué teoría de los hechos podría afirmarse en una base tan diseminada, que compromete la integridad de lo que somos como personas?.

Concluimos con una visión nada de optimista. El problema con la teoría de las causas que subyace a la tesis de las narraciones como cadenas, es que no cuenta con el respaldo necesario de una teoría de los hechos; ¿cómo dotar a las teorías laxas de los hechos, que sirven de base para el trabajo historiográfico, de mayor consistencia?; quizás lo que se necesite es seguir los consejos de los postmodernos y promover una reforma drástica de la historia y su teoría, encaminada a convertir a la primera en un vehículo para la acción social y política y a la segunda en una teoría de los valores. ¿Sería esa la solución? Ya vemos que no. Una teoría de los valores, tal cual están planteadas las cosas, sería equivalente a una teoría sobre la integridad del ser humano; con eso no llegamos a ningún lado. Detrás de cada uno de los pasos que dan los historiadores hay valores. Pero esos valores no actúan sobre nosotros de una manera homogénea, esquemática, determinística que podamos reducir a una fórmula simple, como exigiría una razón científica. ¿Es posible concebir algo distinto para el futuro, cuando rijan condiciones distintas a las actuales? En el capítulo final de su

³³ La “teoría de la perspectiva” es desarrollada en el capítulo quinto de su estudio (W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, 1967 [1951]).

³⁴ M. White, *Foundations of historical ...*, pág. 266.

obra, que lleva el título elocuente de “History, Ethics, and Free Will” expone los motivos muy justificados para el recelo que siente en contra de esa solución: para lograr dar este paso necesario para salvar la apuesta de Morton White sería imperioso impulsar y razonar formas de determinismo ético; eso no suena nada de bien. Para suerte de nuestra cultura –y mala suerte de la teoría de las narraciones como cadenas causales–, el libre albedrío sigue actuando como una barrera insalvable para el totalitarismo valórico.

Ahora podemos dar una respuesta definitiva a lo que nuestro autor define como el problema central de la “philosophy of narration”, resumiendo los planteamientos anteriores. ¿Qué hace un relato sustentado en una crónica firme se nos aparezca como más plausible que otro de características similares? Simple, la existencia de una afinidad valórica no explicitada, ni necesariamente consciente, con el autor que estamos leyendo. Y si lo que nos motiva a aceptar una narración como verdadera, es la comunión que tenemos con el punto de vista del escritor, entonces cabe señalar, con toda seguridad, que puede haber tantas *narraciones verdaderas* dedicadas a un mismo sujeto central, como puntos de vista exista en el momento, sin que ninguna de ellas pueda pretender ser la única aceptable y sin que quepa, como posibilidad, intentar producir una especie de sumario *verdadero* que incorpore en un solo cuerpo coherente todos estos caminos bifurcados:

“The situation is somewhat analogous to what goes on when two men look at the duck-rabbit of Jastrow and Wittgenstein, and one man sees it as a picture of a duck while the other sees as a picture of a rabbit. Can one of them say to the other that he is viewing the figure in a distorted way?... The point is that one cannot see simultaneously as both. At a given moment one sees it either as duck or as rabbit, and there is no irenic solution which would consist in saying that one should describe it as a hybrid called a “ruck” or a “dabbit”³⁵.

Partimos hablando de hechos, causas, verdad, objetividad, pero acabamos hablando sólo de valores. ¿No se habrá rebajado demasiado el modelo nomológico inferencial de los positivistas, con el propósito encomiable de ajustarlo a las características del trabajo historiográfico? Morton White nos dijo que no basta realizar una lectura de los tópicos de la filosofía crítica en tanto insertos en un medio específico, que es la narración; tenemos que comenzar a entender el papel que cumplen los consensos en los que participan *autores* y *lectores*. Solo entonces lograremos forjarnos una idea más precisa acerca del significado que tienen para nosotros y nuestras prácticas comunicativas, términos como “verdad”. Pero Morton White no está en condiciones de pensar en verdades como puntos de vista, a la manera en que lo harán teóricos ulteriores, que estudiarán los textos históricos con una inteligencia de crítico literario –cimentada en el estructuralismo y el postestructuralismo francés–³⁶. Llegó hasta donde pudo, como filósofo analítico. Y creo que la determinación que mostró en cuanto a

³⁵ M. White, *Ibid.*, págs. 268 y 269.

³⁶ Morton White no podría haber tratado el problema de la verdad como lo hacen los teóricos de la era que advino luego de la irrupción Hayden White, por más que muchas de sus ideas resulten familiares a nuestro paladar postmoderno. Basta recorrer las páginas de textos como el escrito por Robert F. Berkhofer, entre otros, para advertir la diferencia que separa a quien ve la verdad como *punto de vista* siguiendo una perspectiva literaria, de otro que llega a lo mismo por el camino del análisis filosófico (R. Berkhofer, *Beyond the great story. History as text and discourse*, 1995).

avanzar hacia un territorio desconocido, echando mano de medios tradicionales, lo hizo pagar un precio muy elevado: su postura apenas llega a distinguirse, al final, del relativismo radical de pensadores como Beard, por más que nuestro autor crea estar haciendo una contribución decisiva a la defensa del *covering law model*³⁷.

7. La ilusión de la “causal integrability”

Una narración es un relato que gira en torno de un “central subject” y que se compone sólo de aseveraciones causales cuya función es conectar un repertorio acotado de “basic facts” que el historiador ha seleccionado por la relevancia que tienen para la historia que quiere contarnos. Aparte de estos enunciados, que remiten a hechos sobresalientes, una narración histórica satisfactoria deja espacio, hemos visto, para un conjunto de aseveraciones relativas a “derivative facts”, que actúan como puente para los hechos básicos, en una doble dirección –hacia atrás, como causas, y hacia adelante, como efectos–. Son esos enunciados los que permiten que los textos narrativos puedan ofrecernos una “full-blown picture of the career of the subject”³⁸. Se necesita, para lograr ese efecto, integrar los distintos eslabones de la cadena a la perfección. La narración que tiene en mente nuestro autor no es una simple secuencia de enunciados descriptivos y causales; se trata de una línea de desarrollo de plena articulación interna, en la que no hay zonas vacantes, ni ramas torcidas, ni imperfecciones de ninguna clase.

Aquí hay dos proposiciones, ligadas entre sí, que resisten con dificultad la crítica: *[a]* que las narraciones son relatos secuenciados que giran en torno a “un” sujeto central; *[b]* que lo distintivo en ellas es el perfecto papel integrador que cumplen enunciados de tipo causal, que mantienen entre sí una relación en términos de lo que White llama *Tesis I* y *Tesis II*.

¿Podemos aceptar que un texto en que el que no pudiera identificarse con cierta claridad un sólo sujeto central y que no se compusiera mayoritariamente de enunciados estrictamente causales, no sea aceptado como una narración histórica?. Muchas de las narrativas que cualquiera de nosotros consideraría inequívocamente como históricas ajustan mal con esta definición. Qué decir de esos textos históricos, identificados por Rolf Gruner, que no están organizados en torno de un principio interno de tipo narrativo.³⁹ ¿No se da cuenta el autor de este problema tan evidente?.

Seguramente sí. Lo que sucede es que no parece que consideramos que sea *su problema*. Morton White, recordemos, no se ha propuesto transformar la teoría de la historia en una teoría del texto

³⁷ Quizás convenga indicarle al lector que la defensa del ideal de la objetividad no se hace aquí en contra de oponentes como Dilthey, Croce o Collingwood, sino, como nos hace ver Leo Gershoy, de aquella versión nativa del relativismo, encarnada en el pensamiento de Becker y Beard (L. Gershoy, “Some problems of a working historian”, en S. Hook, *Op. cit.*, 1963, págs. 59-60).

³⁸ M. White, *Foundations of historical ...*, pág. 230.

³⁹ Rolf Gruner, “Mandelbaum on historical narrative: a discussion”, en *History and Theory*, vol.8, n°2, 1969, págs. 283-87.

histórico. Su objetivo ha sido construir una teoría general de la explicación histórica, alternativa a la de Hempel, en cuanto toma en cuenta algo que este miembro del círculo berlinés pasa por alto –que nuestras explicaciones se producen en el contexto específico de un relato–, pero que resulta completamente afín a ella, en todos los otros aspectos. Es cosa de ver su libro. El modelo de causación es tratado en los primeros capítulos de su libro; luego surge la “philosophy of narration” que esa fórmula lógica en particular necesita.

¿Cabe considerar a Morton White *narrativista*? Uno tiende a contestar que no, porque nada más lejano a sus intereses que ofrecernos una satisfactoria teoría de la historia en tanto texto. Pero luego tenemos que matizar. Los filósofos analíticos que llamamos *narrativistas* son distintos de aquellos otros filósofos, posteriores a Hayden White, en cuanto no se propusieron, como ellos, transformar la teoría de la historia en un capítulo de la teoría literaria. Les interesa ampliar la cobertura de su mirada atomizadora con el propósito de aclarar algunos de los capítulos pendientes que ha dejado tras de sí la discusión sobre el manido tema de la explicación histórica. Así llegan a las narraciones. Pero éstas llaman su atención solo en la medida que su estudio les ayude a abordar con una inteligencia distinta la vieja cuestión de siempre. Nadie está obsesionado con el medio por sí mismo, nadie comulga con el idealismo lingüístico de los postestructuralistas que niega la existencia de realidades extra-textuales, nadie considera que lo único que está a nuestra altura sea el análisis de sistemas de lenguaje inestables, con el modesto instrumental crítico del teórico literario. Para estos filósofos analíticos el estudio del medio sigue siendo mucho menos interesante que el de su contenido. Es cierto que nadie había elevado la parte de la historia en que es texto a una posición tan distinguida. Pero eso no modifica la premisa inicial: el medio es la excusa que usan estos filósofos profesionales para abordar con su razón abstracta materias que consideran mucho más trascendentes –en el caso de Morton White, p. ej., el tema de determinación contra libertad–. ¿Son menos *narrativistas* los filósofos analíticos positivistas que estudio en este artículo? Sí, porque muestran un interés muy atenuado en las narrativas, como realidades de lenguaje, y en el principio de la *narrativización* –el estudio de la operación de significación de nuestro material que se logra mediante la introducción de elementos literarios en nuestros textos–, como eje de la teoría de la historia. Pero es un asunto de grados, más que de fondo. De Morton White cabe decir que no ha habido, antes de él, otro filósofo analítico tan interesado en aclarar aspectos de la filosofía crítica de la historia mediante el examen de la parte narrativa de la historia; quizás su teoría de las narraciones sea tributaria directa de su teoría de las explicaciones, quizás esa dependencia sea tan estrecha que su definición de narración pierde toda capacidad descriptiva, ostensiva o denotativa. Pero eso no lo hace menos *narrativista* bajo los términos de mi propia definición operativa –que considera como tales a los pensadores que han intentado hacer frente a las aporías de la filosofía analítica de la historia desarrollando un punto de vista de cualquier tipo acerca de un aspecto de la historia que no había sido considerado como digno de la filosofía, hasta entonces–. ¿Menos *narrativista* que Danto, Gallie y Mink? Sin duda, porque el núcleo central del pensamiento de estos filósofos se vio mucho más afectado luego de su incursión a

las antiguas zonas prohibidas para el análisis filosófico: el medio comenzó a importar cada vez más, hasta que llegamos a un punto de decir, contra el sentido común, que *es lo único que importa*.

De su teoría de las narraciones, concluyo, no hay nada interesante que decir, *salvo que no hay nada interesante que decir*. Pero si lo hay sobre la teoría de la explicación de la cual ella es su extensión refleja. En ese terreno específico lo suyo es realmente original. Hagamos memoria. ¿Cuál es el gran objetivo que se fijó el filósofo? Quería saber si era posible construir un modelo alternativo de explicación que lograra preservar la arquitectura esencial del creado por Hempel, pero que pudiera reconciliarse, de algún modo, con las premisas asentadas por sus críticos. ¿Es posible idear una fórmula a medio camino entre el modelo fuerte y el débil de explicación histórica?

Despejemos el asunto de las narraciones. Supongamos, para los fines de este ejercicio, que su definición de narración no presenta el problema de ser una especie de *definición para un solo usuario*, tal como se ha hablado de *leyes para un solo caso* –porque está claro que ningún novelista o crítico literario aceptaría los parámetros de M. White para describir lo que es una “story”–. Aceptémosla de manera axiomática como si las narraciones fueran realmente lo que el nos dice, para poder discutir los méritos de su teoría de la explicación. ¿Resultan válidos los argumentos que nos ofrece *dentro de los propios términos* de su teoría? ¿podemos considerar exitoso su intento de reconciliación?

Para establecerlo necesitamos examinar el papel que cumplen los dos elementos nodales del modelo de la cadena causal. A saber, el desempeñado por el sujeto central y la noción concomitante de la “causal integrability”.

¿Son cadenas causales como las descritas los textos históricos normales? Para establecerlo necesitamos volver una vez más a estudiar los principios que aseguran coherencia a los relatos. Morton White defiende que el acople de todas las piezas está dado por la presencia constante de un mismo “central subject”, en proceso de desarrollo. Pero uno puede preguntarse si este criterio de demarcación es suficiente por sí mismo para señalar cuando las cosas están resultando y cuando no. ¿Por qué la continuidad de una historia debe depender de la existencia de un sólo tema?. Quizás si el autor hubiera hablado de trama, como Mink u otros narrativistas entenderíamos los alcances de su planteamiento. Podríamos decir que una “story” no soporta más que un eje narrativo articulador – afirmación discutible, a la luz de los desarrollos que ha tenido la novela modernista del siglo XX–. Pero no es eso. Morton White es mucho más mezquino que Mink. El único denominador común de una narración, que sea tal, no es un principio de articulación como la trama, sino un protagonista, individual o colectivo, al que le pasan cosas, que lo hacen crecer o expandirse en una dirección determinada. Esto es problemático, porque si uno se remite a las narraciones reales, históricas o ficcionales, se va a encontrar con muchos casos en que la norma no se cumple. ¿En qué casos específicos podemos decir que nos funciona el principio de la continuidad en torno de la trayectoria de un protagonista tratado como un organismo en evolución, cuyas peripecias puedan ser conectadas mediante la derivación de nexos causales y efectuales dispuestos entre los episodios más relevantes de su biografía? Lo normal, incluso en el caso de narrativas faltas de imaginación, como son las

históricas, es que existan múltiples niveles de comunicación, que puedan correr paralelamente sin ningún menoscabo para el valor estético e historiográfico del texto, como conjunto. La narración es un formato de gran plasticidad, que se distingue precisamente por facilitar al escritor el trabajo con varias líneas temáticas simultáneas. Y si esto es así, no se ve cómo pueda servirnos una caracterización que podría parecer aceptable sólo en los casos de las narrativas más elementales, precisamente aquellas que a las que les denegamos, por su simpleza, potencial explicativo (por ejemplo, una novela sentimental dirigida a un público adolescente, en la que el sujeto central podría ser más o menos lo que se representa aquí).

Algo similar cabe decir en relación a su ideal de la plena integración causal. Para que un texto que no tiene trama pueda ser coherente necesitamos un factor centrífugo sustituto. Ese papel, ya sabemos, es cumplido por los enunciados causales. Cuando logramos articular de manera tal los “basic facts” en una larga cadena de causas y efectos el lector logra sentirse muy conagrado por la sensación de orden resultante. Esa sensación sirve de base, luego, para que surja en él la sensación concomitante de que lo que se le cuenta es auténtico. Cree que el autor ha *estado ahí*, que sabe lo que le está contando y que lo que expresa son verdades.

Muy bien, ¿pero se cumple realmente el objetivo de plasmar cadenas causales verdaderas cuando la coherencia textual es lograda mediante una operación de derivación de causas y efectos que depende más de los valores del escritor que de las exigencias del material empírico en el que el se apoya? Recordemos, eso es lo que nos ha dicho Morton White, cuando ha analizado los principios que rigen la construcción de la crónica y el relato adjunto. ¿Cómo es posible que entendamos las narraciones como series perfectas en que cada hecho histórico básico es una consecuencia del anterior y la causa del siguiente de una manera casi inevitable, si es que, a la vez, aseveramos que el criterio en base al cual el historiador selecciona los datos y los nexos que los conectan es función de principios que claramente es externo a la cadena causal misma?.

El acto de integración por el camino de las derivaciones no parece menos *artístico* que el de integrar a través de las figuras del lenguaje –tramas, etc.–. Podríamos reelaborar sus planteamientos a través de una invocación como la siguiente: “elija un tema importante; luego de eso seleccione los hechos que usted considera que esa “story” demandaría, en función de la mentada *Tesis II*; a continuación trate de rellenar los huecos que advertirá entre unos hechos que seguramente se mostrarán poco relacionados entre sí, colocando en los intersticios *derivative statements of causes* y *derivative statemens of effects*; puede pedir socorro limitado al principio de la anormalidad, en unos casos; en los otros, arrégleselas como pueda, siguiendo los impulsos de sus teorías explícitas o subyacentes sobre el hombre y el mundo”. El resultado de estas operaciones será una cadena en que las piezas que se nos ofrecían naturalmente como separadas y distantes, ahora son percibidas como elementos de un sistema con alta coherencia interna. ¿Podemos aseverar que la imagen de integración causal plena que muestra el texto sea un reflejo del tipo de lógica relacional que muestran los cuadros auténticos de la vida, como presumen los positivistas y los historiadores? ¿no serán estas

armonías causales una simple ilusión creada por la pluma del investigador que se dice el *descubridor* de las cadenas sumergidas de la vida?.

Nos preguntábamos cuando comenzamos a analizar el problema básico de la “philosophy as narration” si había alguna manera de establecer la prioridad de una narración sobre otra. Ahora podemos aventurar una respuesta definitiva. No hay ningún principio común a dos narraciones sobre la base del cual sea posible llevar a puerto una operación de cotejo. Los escritores eligen sus datos y sus nexos causales y efectuales inspirados en la carga de valores que arrastran, como parte de determinado espacio geográfico, cultural y temporal. Puede darse cierta cercanía entre dos sujetos que comulguen con visiones del hombre y el mundo más o menos amigas, pero nunca habrá plena convergencia, porque nuestros fundamentos éticos (y estéticos, agregaría un narrativista más consecuente) solo sirven para marcar tendencias y nunca direcciones. ¿Libre albedrío o determinación? Libre albedrío, contesta, Morton White, encarnado en su receta de pluralismo valórico. Es por ello que resulta muy difícil que lleguemos a encontrarnos con dos narradores que elijan *libremente* los mismos hechos para su crónica y que luego sean capaces de coligarlos de manera que cada elemento logre ser puesto en el mismo lugar. ¿Como comparar narraciones construidas por imaginaciones que están constreñidas por su valores y no por las características específicas de sus datos y de las teorías en cuyos términos son examinados? La verdad es que no se puede. Es por ello que Louis O. Mink concluirá que las narraciones de los historiadores son *inconmensurables*, tal cual lo son las obras de arte.

¿Cómo explicar que un positivista declarado arribe a una posición de franco escepticismo como la descrita? Morton White no admite nada. Una de las características más llamativas de este autor es la perseverancia con que, en palabras de Rudolph H. Weingartner, se preocupa de “never really faces up to the skeptical implications of his work”⁴⁰. Aquí no se usan palabras desagradable, como “relativismo”, ni ningún término semejante. Pero uno sigue las premisas del autor y se ve impelido a extraer de ellas muchas más consecuencias de las que él se anima a expresar. ¿Qué ha pasado? Quizás que Morton White ha descubierto que su defensa del regularismo no puede sino desembocar en derivados nihilistas que su propia visión del mundo y el hombre rechaza. En el momento específico en que siente que está a un paso de derrapar al precipicio dice “hasta aquí no más llevo”, y se sale de sí mismo, como quien se baja de un auto a media marcha. Que sea otro el que hunda el bote del análisis filosófico.

⁴⁰ R. H. Weingartner, *Op. cit.*, pág. 240.